

GILDA MANSO

LOS BORDES

DEL MUNDO

Relatos



OBLOSHKA

LOS BORDES DEL MUNDO

GILDA MANSO

OBLOSHKA



Dirección editorial: Gastón Levin / Silvia Itkin

Diseño de tapa e interior: Donagh / Matulich, sobre diseño de colección
Estudio ZkySky
Imagen de portada: FreeImages

© Gilda Manso, 2019

© Obloshka, 2019

ISBN: 978-987-46902-1-0

Impreso en Oportunidades S.A., Buenos Aires.
en el mes de enero de 2019.

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. Hecho el depósito que marca
la Ley 11.723

Libro de edición argentina. Impreso en Argentina.

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de
esta obra sin previo consentimiento del editor/autor

MITOLOGÍA

Quise crear mi propia mitología. Quise inventar mis propios dioses. Ninguno de los existentes me convencía, y me senté a diseñar divinidades según mi conveniencia. Les puse poderes y virtudes insuperables, los doté con una belleza que ningún mortal podría poseer, volqué en ellos milagros, hazañas y cualidades que nada envidiaban a las de los dioses de las otras religiones.

Luego los fabriqué. Una a una, mis deidades fueron tomando vida gracias a mi talento para la creación. Me saqué una costilla y se la di a un dios. A otro le cedí mi imaginación. A otro, mis manos. Cada uno de mis seres mitológicos tenía algo muy mío, ya que de eso dependía su supervivencia.

Cuando de mí sobraba apenas un ojo y un poco de conciencia, mis dioses quedaron terminados, listos para gobernar. En ese momento, el dios más implacable (así lo había creado yo) me miró y me dijo:

—Ninguno de nosotros cree en vos.

Entonces dejé de existir.

PLUMAS INCANDESCENTES

El gorrión entró al comedor con ínfulas de águila y espíritu de bicho de luz. Furioso, chocaba con la lamparita de la cocina una y otra vez; quería atravesarla o eso fingía. Piaba como quien grita victoria o una orden de ataque, y embestía la bombita. Luego se fue, así como vino. Huyó al patio, con salida directa al aire libre.

Eso fue ayer. Hoy, de la lamparita cayeron plumas incandescentes, como si algo o alguien estuvieran mudando la piel. Tomé una y escribí un cuento.

Me salió brillante.

ALFOMBRAS

Pasaron años, y sin embargo no lo olvido. Esa mañana, papá me dijo:

—Hoy vamos a ir a la casa del tío Felipe, porque tiene una alfombra nueva.

Yo me estremecí. Nunca me gustaron sus alfombras.

El tío Felipe, una o dos veces por año, iba a la selva y cazaba animales. Luego colgaba las cabezas de los animales en la pared del living, o usaba las pieles para hacer alfombras. Cada vez que volvía de la selva, el tío Felipe organizaba una fiesta; asaba venados y bebía champaña, y toda la familia estaba invitada, y debíamos ir y decir lo mucho que nos gustaba el nuevo puma apachurrado bajo la mesa ratona o la nueva cabeza de jirafa colgada encima de la chimenea. Y a mí, que nunca me gustaron los asesinatos, me repugnaba tanto cadáver disecado.

Llegamos al mediodía, justo cuando el venado de la parrilla empezaba a largar olor a carne chamuscada. El tío Felipe vino hacia nosotros gritando y gesticulando mucho, y empezó a repartir copas y a contar anécdotas aburridas o terribles sobre su última estadía en la selva.

—¡Vamos a ver la alfombra! —exclamó cuando vio que mamá empezaba a quedarse dormida, y nos llevó al living. Un león más grande que los de mi imaginación alfombraba el suelo. El tío Felipe se hinchó de orgullo, aceptó la felicitación de papá, fingió no ver la cara de asco de mamá, y me preguntó si me gustaba. Yo dije que más o menos; lo que no dije fue que el león parpadeó, y no lo dije por dos motivos: uno, porque no iban a creerme, y dos, porque si me creían, mi tío agarraría la escopeta y se aseguraría de que el león no volviera a parpadear. Pedí permiso para quedarme en el living mientras los grandes comían venado en el patio; que no, no tengo hambre, y así pude quedarme ahí, sentada en el suelo, al lado de la nueva alfombra.

—Ey —le dije al león apenas nos quedamos solos.

El león abrió los ojos y me miró. Luego se paró y se sacudió, como hacen los perros cuando se despiertan.

Abrí de par en par los faraónicos ventanales del living; el león se acercó a ellos y miró hacia afuera.

—No vas a poder salir, mi tío está en el patio —le dije, mientras trataba de idear un plan para liberarlo sin que mi tío lo notara; entiendan: yo era una niña.

Pero el león debía saber algo que yo ignoraba, porque me lamió la cara y salió volando por el ventanal hacia el cielo inalcanzable, y lo hizo frente a la mirada asombrada de mi tío, que nunca había sospechado que el león, además de león, era alfombra voladora.

UN MAMUT A SECAS

Yo ignoraba que ahí hubiera ratas, hasta que una salió por la puerta y se puso a comer la comida de mi perro. Había una rata en el cuarto de los cachivaches. Y salía y le comía la comida a mi perro.

No sé qué imagen me estresó más, si la de una comunidad de ratas haciendo nido en una habitación de mi casa, o la que me mostraba a mí misma desmantelando el cuarto para exterminarlas. En el cuarto de los cachivaches suelo guardar todo aquello que no puedo o no quiero tirar pero no sé dónde meter: una silla rota, una balanza que no funciona, una caja con decenas de casetes de la época en que la música en cd era un sueño yanki, y demás cosas inservibles. Y ahora, ratas.

Durante un par de días me hice la tonta. Pensé, o traté de pensar, que la rata no era ratas sino rata, una sola, una rata que por algún motivo ajeno y por lo tanto que no me afectaba, había decidido atravesar mi patio y comerle la comida a mi perro. Principio, nudo y desenlace. Punto. Pero el fin de semana volvió a suceder. Otra rata salió del cuarto de los cachivaches; oteó el espacio, miró a mi perro que por cobardía o solidaridad animal fingía dormir, y corrió desde su guarida hacia el alimento balanceado. Elevé la escoba que tenía en la mano y la descargué, furiosa, sobre el lomo de la bestezuela.

La rata quedó inmóvil y yo vomité.

No tenía más excusas. Había matado a un animal y en mi casa había ratas. Los dos hechos unidos entre sí pero a la vez dramáticos por separado, me obligaban a desmantelar el cuarto de los cachivaches. Me puse los guantes de goma, los que uso para lavar los platos, y me metí los pantalones adentro de las medias: no me seducía la idea de que una rata pudiera trepar por mi pierna.

—Voy a vaciar el cuarto. Si sale una rata, la atrapás y la matás —le ordené a mi perro, con afán de desligar responsabilidades. No percibí en él ninguna

intención de colaborar, pero confié en su instinto de sabueso.

Saqué la balanza, los casetes y media docena de cajas de cartón que contenían inutilidades viejas. Y entonces lo vi: atrás de las cajas, donde debía estar la pared, había un agujero. Es decir, estaba la pared y, en la pared, un agujero. Pero no era un agujerito, una ratonera de dibujo animado. Era un boquete por el que podía pasar una persona de cuerpo mediano. Me asomé y sentí frío. Era noviembre, pero por el boquete venía un aire helado que, lógico, me asombró. Y vi que al otro lado del agujero había un túnel. Pensé que eso era aún más extraño que el frío, ya que la pared daba, o debía dar, al patio del vecino. Pero daba a un túnel.

—Vos pasás primero —le dije a mi perro. Él obedeció con una docilidad que no le pertenecía, lo que me hizo pensar que no era la primera vez que recorría el túnel hasta llegar vaya uno a saber dónde. Atrás fui yo, gateando y temiendo. Lo peor del caso es que no sabía qué temía, es decir que al temor de enterarme de que hay un pasadizo secreto en mi propia casa, le sumaba el temor de no saber a dónde conducía ese pasadizo ni por qué.

El túnel era circular y, me parecía, también descendente, aunque esto último no podía jurarlo. Mi perro avanzaba con confianza y moviendo la cola; cada tanto se detenía a esperarme, como si existiera la posibilidad de que el túnel desembocara en un laberinto. La idea no me agradó.

Pero el túnel no desembocaba en un laberinto. Luego de quince minutos de gateo incómodo, vi que el camino había finalizado. Me encontraba en la puerta de una cueva inmensa; una ráfaga helada y agresiva salió a recibirme. Mi perro se asomó y volvió a mover la cola, lo que interpreté como una invitación a entrar. Y ya que estaba ahí, entré.

Lo primero que hice fue ahogar un grito de espanto, porque una parte mía intuyó que, si gritaba, no saldría viva de allí.

—¿Eso es un mamut? —pregunté sin saber a quién. Mi perro movió la cola. Eso era un mamut. Me suena ridículo decir un mamut extinto, ya que si estaba extinto, ¿qué hacía allí? Era un mamut a secas, un mamut que me miraba con curiosidad. Él me miraba con curiosidad a mí; no supe si reír, llorar, intentar despertarme (por si ocurría un milagro y resultaba que todo eso no era más que un sueño), llamar a la policía, o regresar por el boquete hasta mi casa y vivir el resto de mi vida fingiendo que al otro lado de mi pared no había ningún mamut.

Mi perro era su cómplice, el muy canalla. Nunca me había dicho nada. Y ahí estaba, sentado a su lado, y seguramente le decía, en su idioma mudo de animales, que se quedara tranquilo, que yo soy inofensiva (no le debe haber mencionado a la rata asesinada). Vi que en la cueva crecían arbustos, y supuse que le servían a mi huésped como alimento; la maldita naturaleza es sabia, y no iba a dejar que el único mamut sobreviviente muriera de hambre.

El único mamut sobreviviente. En ese instante vi la oportunidad que tenía ante mí. El animal me haría ganar fortunas. Regresé por el boquete, llegué a mi casa, tomé el teléfono y marqué el número del noticiero más amarillista de la televisión.

Descolgaron el teléfono.

—Noticiero, buenos días.

Imaginé al mamut en el circo, tal vez compartiendo jaula con algún león viejo. Me vi llena de oro. Recordé al mamut en la cueva, con sus arbustos, su frío, su tranquilidad y mi perro, que movía la cola.

—Noticiero, buenos días —repitió la voz en el teléfono, impaciente.

—Disculpe, me equivoqué de número —dije, y colgué.

Fui al cuarto de los cachivaches y dejé libre el agujero de la pared, no sea cosa que ocurra alguna urgencia y yo no pueda ir a ver si el mamut se encuentra bien.

LA TEMPESTAD

Todos, en altamar, le temían a La tempestad, un barco pirata añejo y feroz que se adueñaba de cuanta riqueza encontrara en su camino: tesoros hurtados de barcos legítimos, cofres que manaban monedas de oro y que se hallaban ocultos en el fondo verdoso del océano, escamas de plata arrancadas de las seductoras colas de las sirenas ingenuas. La tempestad hacía que las grandes aguas fueran inhabitables, terroríficas, imperdonables, y pocos valientes se atrevían a convertirse en mártires yendo a su encuentro.

El capitán de La tempestad se jactaba de dominar a la suerte gracias a un truco supersticioso que no quebraba jamás: ninguna mujer podía subir al barco. El capitán decía que, tarde o temprano, los marineros corrientes cedían a la tentación y recibían la visita de novias, amantes y prostitutas, y que era entonces cuando el barco se hundía o era atacado por piratas precavidos como ellos, que mantenían a La tempestad en la cima del éxito delincuente. Las mujeres son la perdición de todo barco, decía el capitán, y nadie desautorizaba a la voz de la experiencia: si el pirata más famoso del agua mundial decía que el cristal era oro, todos empezaban a creer que el cristal era oro. No por casualidad La tempestad reinaba allí donde los demás naufragaban.

El problema empezó cuando llegaron los nuevos marineros. Dado que Tito el Rengo y Jack el Maloliente habían muerto el verano anterior en boca de un tiburón insolente, La tempestad necesitaba sangre fresca. Fito Un Ojo no fue inconveniente; el caos lo inauguró (y lo continuó y lo finalizó) Paco el Hermoso.

Paco el Hermoso era muy hermoso, extremadamente hermoso, peligrosamente hermoso. Tanto, que los demás tripulantes lo miraron con desconfianza asesina apenas puso un pie en la nave.

—Capitán, este marinero es una mujer. Una mujer disfrazada.

Pero el capitán dijo que no, que de ningún modo Paco el Hermoso era mujer, que si pensaban eso estaban ciegos o eran estúpidos. El capitán miró fijo a Paco el Hermoso (muy fijo lo miró, y mucho tiempo, más tiempo del que permite la buena costumbre y, más aún, la buena costumbre entre piratas hombres y rudos) y otra vez dijo que no, que Paco el Hermoso no era mujer. Y lo miró una vez más, para eliminar dudas, dijo, y lo siguió mirando.

Esa noche, el capitán sorprendió a Paco el Hermoso mientras se bañaba echándose agua de un barril.

—¡Mi capitán! —exclamó Paco el Hermoso.

El capitán le hizo señas, silencio, callate, no grites, es una orden. Ante el asombrado marinero, el capitán se sacó todo lo que tenía puesto: el chaleco, las botas, la camisa, los pantalones, la barba, los bigotes, el corpiño, la bombacha. El capitán quedó desnuda por primera vez desde hacía quince años, cuando había subido a La tempestad para convertirla en lo que era. Paco el Hermoso vio las tetas del capitán, y vio el pubis femenino del capitán, y las formas inequívocas de todo el cuerpo del capitán.

—Capitán, usted es mujer —dijo Paco el Hermoso, sin saber si reír o desesperarse. Pero Paco el Hermoso no tuvo tiempo para decidirse, y el capitán no tuvo tiempo para arrojarse sobre el marinero, porque en ese momento un iceberg chocó contra La tempestad y el barco comenzó a hundirse.

PELÍCANO

—Tenémelo un par de días, por favor, te juro que es la última vez —me mintió mi hermano antes de darme un beso en la frente y salir de mi casa apurado y con rumbo a nadie sabe dónde.

Yo cerré la puerta sintiendo esa mezcla de amor y odio que conocía tan bien y que experimentaba cada vez que Esteban me usaba como guardiana de sus objetos. De sus objetos de contrabando. Ilegales. Prohibidos. Peligrosos. ¿Quién va a sospechar de vos, Feli? Sos ama de casa, tenés un nene, tu marido es oficinista. Sos la hermana perfecta, me decía, y yo me derretía. Pero esa vez había ido demasiado lejos. Porque una cosa es guardar en el patio unas cajas con cigarrillos, y otra muy distinta es guardar en el patio una jaula con un pelícano. Un pelícano malayo, según aclaró Esteban antes de irse. Lo miré y se me partió el alma: flaco, con el plumaje mustio, sucio, asustado y apretujado entre los barrotes. Infeliz.

—Mami, ¿lo vas a dejar ahí? —me preguntó Pablo.

—No sé. No sé, Pablo. ¿Qué querés que haga?

—Y soltalo.

—No sé, Pablo. No sé. ¿Qué hago si se escapa y se pone a dar vueltas por el barrio?

—¿Y qué hacés si se muere adentro de la jaula?

La madurez de mi hijo de nueve años es una cosa escalofriante. Pablo tenía razón. Mi hermano me había dicho que volvería en un par de días, pero seguramente no aparecería hasta dos semanas después. Por más que yo lo atiborrara a pescado, el pelícano no iba a aguantar dos semanas encerrado.

—¿Y si lo agarra Samuel? —pregunté, buscando una segunda y última excusa.

—Los perros no agarran pelícanos —razonó Pablo.

No quise decirle que si los perros no agarran pelícanos es porque los perros no suelen tener pelícanos a su alcance; me enorgullecía su humanidad. Me enorgullecía que no fuese parecido al cretino de su tío. Me acerqué a la jaula y el pelícano intentó retroceder. No pudo, claro. Se me volvió a partir el alma. Ya no tenía dudas: destrabé el pestillo y la jaula se abrió. El pelícano no se movió.

—Correte, mamá, lo estás asustando —me dijo Pablo, y se sentó en el suelo, a unos metros del animal.

Yo obedecí. Pablo agarró un pescado de la bolsa hedionda que me había dado mi hermano y se lo arrojó. Pobre bicho, con qué hambre lo comió. Pablo tomó otro pescado y lo puso en el suelo, al lado suyo. El pelícano lo miró y dio medio paso, tímido, temeroso. Yo me hinché de orgullo. Nueve años. Nueve. El pelícano siguió avanzando, casi a paso de estatua. Mi hijo, paciente, alejó el pescado de sí mismo unos centímetros y lo acercó a la jaula. El pelícano debió interpretar eso como un gesto amistoso, porque dejó la timidez de lado y se abalanzó sobre el manjar ofrecido. No me gustaría tener a mi Pablo de enemigo. Durante los días siguientes pasaron varias cosas: mi marido no me dirigió la palabra, el pelícano —que ya había recuperado su belleza aristocrática— se convirtió en la sombra de Pablo, Pablo se mostró más contento que nunca, Samuel se limitó a adoptar una actitud de observación expectante. Pero lo asombroso, casi irreal, ocurrió hace una semana. Le pregunté a Pablo qué quería almorzar; error, nunca le pregunten a su hijo qué quiere almorzar, ya que corren el riesgo de que su hijo les conteste:

—Cornalitos.

—¿Cómo cornalitos, Pablo? ¿No querés panchos? Si te gustan los panchos a vos.

—Vos me preguntaste.

—Pero no tengo cornalitos.

Entonces, en ese momento, el pelícano —que estaba pegado mi hijo, para variar— se acercó a mí y abrió el pico.

—¿Vos también querés cornalitos? —le pregunté.

El pelícano cerró el pico, me dio un pequeño golpe en la mano, como un empujón suave, y volvió a abrir el pico. Miré a Pablo, que se encogió de hombros y luego me sugirió:

—Meté la mano en la bolsa.

—¡Pablo, cómo voy a meter la mano en la bolsa del pelícano!

Pero el pelícano volvió a golpear mi mano con su pico abierto. Jurando que jamás se lo contaría a nadie —juramento que, como verán, no cumplí—, metí mi mano en la bolsa del pelícano. Cuando la saqué, empuñaba una docena de cornalitos. Pablo estaba encantado. El pelícano era una especie de sombrero de Mary Poppins. Elemento marítimo que mi hijo pedía, elemento marítimo que el pelícano le daba. En mi barrio lo llaman gratitud.

—Mamá, ¿puedo pedirle un barco pirata?

—Ni se te ocurra.

—Dale, por favor por favor por favor.

—No, Pablo, no.

Así fue durante toda la semana. Pero esta mañana volvió mi hermano. Abrió la puerta Pablo, que estaba atajando los penales que mi marido le pateaba. El pelícano y Samuel miraban desde un costado.

—Hola, campeón, ¿está mami? El otro día le dejé un paquete.

Un paquete, dijo el hijo de puta. Desde la cocina vi cómo se empapaban los ojos de mi nene. Cuando Pablo contestó lo hizo, sin embargo, con voz serena.

—Ah, sí. Ahí te lo busco. Se calzó mejor los guantes de arquero, se acercó al pelícano y le murmuró:

—Dame una aguaviva.

Yo ya lo dije. No me gustaría tener a mi Pablo de enemigo.

AMPARO

Hace décadas, El Jacarandá le hacía honor a su nombre. Era un pueblo violeta y vivo, con árboles luminosos en cada esquina. La cantidad de habitantes no llegaba a las tres centenas, lo que convertía a El Jacarandá en una familia multitudinaria más que en un pueblo chico.

En algún punto nebuloso de la historia, el progreso comercial y fabril, que instalaba maquinarias modernas de futuro inminente y asfaltaba todas las calles excepto las del deslucido pueblo, el progreso tan útil y necesario como implacable, dejó atrás la existencia modesta de los habitantes de El Jacarandá, y pronto sus rincones se transformaron en escenas del pasado, en fotos antiguas que nadie quiere mirar por temor a encontrarse con espectros y detalles ya sepultados. De gran familia, El Jacarandá transmutó en pueblo, y descendió al olvido.

Amparo, la mujer más creyente de El Jacarandá, siguió esperando. Al margen de los demás lugareños, que pensaban que el pueblo estaba perdido para siempre, Amparo barría la vereda como si de verdad alguien fuera a llegar de visita. Barría concentrada, mirando el suelo, haciendo del barrido un ritual íntimo o tal vez un método para exorcizar sin dolor.

Mientras los otros habitantes dedicaban sus tardes a dormir bajo los árboles, para enterrar así las horas muertas, Amparo intentaba desmitificar la apariencia inerte de El Jacarandá, porque creía que estaba a tiempo de evitar que lo aparente se hiciera real: plantaba semillas de damasco y olivo en la huerta de su casa, pastoreaba las vacas flacas con la fe puesta en verlas engordar, barnizaba con amor el cartel que decía *Bienvenido* y que estaba encastrado en las puertas del poblado. Amparo esperaba y trabajaba en la espera.

Una mañana nublada, un hombre entró a El Jacarandá. Caminaba

encorvado y arrastraba los pies, levantando tierra seca en cada paso. Amparo lo percibió en el ladrido alerta de su perro, y sintió que su espera había llegado a su fin: algo nuevo sucedía en el pueblo. Fue a recibirlo a mitad del camino con una sonrisa de bienvenida barnizada en su rostro. El hombre se detuvo frente a ella y la miró.

—Vendo escobas, doña. ¿Necesita?

Ella creyó reconocer un pequeño milagro y dijo que sí, que le compraba cinco, mejor seis.

—¿Qué lo trae por acá? —le preguntó, esperanzada.

—Ya le dije. Vendo escobas.

Amparo sonrió con una sonrisa cómplice, como quien guarda un secreto. Le ofreció un vaso de agua que el forastero bebió con avidez de náufrago antes de marcharse por donde vino, con seis escobas menos.

A la mañana siguiente, Amparo salió a barrer la vereda en su rutina indestructible de espera confiada. Una vecina la notó más radiante que de costumbre, y le preguntó que qué había sucedido en ese pueblo muerto para generarle semejante luminosidad. Amparo esbozó una mueca de cándido triunfo y anunció:

—Tengo escoba nueva.

LA CONVICCIÓN

Hay un perro que ladra en mi ventana a las cinco menos cuarto de la mañana. Todos los días. Creo que es el perro de mis vecinos, los que viven al lado de mi casa; por algún motivo que no conozco, mis vecinos le abren la puerta a su perro a las cinco menos cuarto de la mañana, y el perro se para frente a mi ventana y ladra hasta que yo me despierto. Me despierto y él deja de ladrar. Y así sucede todos los días.

En ese momento no puedo pensar con claridad, solo alcanzo a sentir una rabia infinita y la convicción de que sería capaz de convertirme en asesino otra vez; en este caso, el asesino de un perro. Porque encima está eso. Siento la rabia, la convicción, y al instante me acuerdo de eso. Yo estaba armado y el pibe no. Era chico, el pibe. Y pasaron más de treinta años, y no me quiero acordar más, pero el perro ladra, me despierta, yo siento rabia, una cosa me lleva a la otra, y otra vez la misma milonga.

Anoche me harté. Me puse el despertador a las cuatro y media, agarré la nueve milímetros, puse la llave en la puerta, le di media vuelta, y esperé. A las cinco menos cuarto, el perro empezó a ladrar. Salí a la calle y apunté.

No había nadie.

ESPERANDO AL SALVADOR

Lo vi a la ida, en Pompeya; yo iba en el 160 y él caminaba por la calle, en cueros, mugriento, con una barba que parecía algodón mezclado con engrudo. Edad difícil de calcular, tal vez si le quitáramos la barba y la mugre que le cubren la piel, hallaríamos a un hombre de cuarenta años, o cincuenta, o sesenta, vaya uno a saber. Paraba a los autos y les pedía plata; fuera cual fuera la respuesta, él gritaba ¡Soy Jesús, soy Jesús!.

Supuse que viene haciendo eso desde hace mucho tiempo, porque en el grito ya no había desesperación ni dolor ni indignación ni nada.

A la vuelta seguía ahí. Habían pasado cuatro horas, pero el hombre seguía caminando por la calle, parando a los autos y gritando que es Jesús.

El choque fue tan inesperado y violento que apenas vi lo que sucedió: el auto que iba delante de mi 160 se llevó puesta la barrera baja, y el tren se llevó puesto el auto. Los bomberos dijeron que no había nada por hacer. El conductor del auto estaba muerto.

Yo, que había bajado del 160 para perderme entre la muchedumbre a la que la curiosidad y el morbo no habían matado pero sí seducido, vi que el hombre que decía ser Jesús se había acercado también, y estaba parado al lado mío, mirando adentro del auto. Entonces lo miré fijo, por las dudas, a ver si veía en su cara una mínima señal de persona que hace un milagro (ceño fruncido por la concentración, mirada de rayos equis, no sé, algo), y un bombero de pronto exclamaba “¡Momento, no está muerto, respira!”, pero nada pasó.

La próxima vez le voy a dar una moneda.

MATRIOSKA

Camila corre por el bosque; tiene los pies ensangrentados y las piernas imposibles. Cada medio minuto gira la cabeza sobre su hombro derecho, en busca de su perseguidor o, mejor aún, de su ausencia. Su cuerpo de niña es también de venado, y esquiva árboles con maestría. Pero su perseguidor es un cazador y es un animal sin alma, y es tal vez por eso que puede correr, siempre, más rápido que Camila. Los veintidós gramos que, dicen, pesa el alma, a Camila se le antojan veintidós toneladas, una inmensa bolsa de arena sobre la cabeza, una pata de elefante sobre el pecho. Y Camila se detiene, se apoya contra un tronco y, un segundo antes de ser desgarrada por el zarpazo de su depredador, la nena cierra los ojos (siempre funciona), los abre, y el bosque desaparece, y ella está acostada en su cama, empapada de sudor y de pesadillas.

La puerta de la habitación se abre y entra papá. Ella tiene que llamarlo así aunque sólo sea el novio de mamá. Camila cierra los ojos con fuerza, como en el bosque; luego los abre, pero nada cambia. El hombre, esta vez, sigue ahí.

FLORES

De pronto, el aire se llenó con el olor de las flores del árbol que mi abuela tenía en el fondo de su casa. Lo reconocí al instante; era un olor con textura de brea, pesado, que se sentía con la garganta más que con la nariz.

En aquellos veranos, cuando mi abuela vivía y nosotros nos quedábamos a cenar en su casa, el olor de las flores del árbol del fondo llegaba hasta el comedor y nos impedía comer en paz. Demasiado intenso para resultar agradable. Hasta mi abuela, que nunca se quejaba, protestaba por la invasión. Y yo no había sentido ese olor desde que mi abuela murió y tuvimos que vender la casa; yo había olvidado ese olor, esas flores casi insoportables.

—¿Sentís? —me preguntó mi hermano, y entonces me asusté.

Si sólo yo olía las flores, cabía la posibilidad de que se tratara de un truco de mi imaginación, que siempre se caracterizó por no padecer el vértigo de las alturas extraordinarias; pero si mi hermano también las sentía, significaba que el olor de las flores de la casa remota de mi abuela muerta era algo real. Real y aquí, en mi casa, donde el olor —por una cuestión de tiempo y espacio— no tenía lógica, a menos que se tratara de una lógica que escapaba a mi entendimiento; tampoco voy a cometer la vanidad de creer que comprendo todo.

Mi hermano y yo salimos a la calle para tratar de localizar el punto de partida del olor de aquellas flores. No intentamos tirarle el salvavidas de la excusa a nuestra racionalidad: será un perfume similar, nos habrá parecido pero no. Mi abuela decía que todos los sentidos pueden ser estafados, excepto el olfato; eso que olíamos, entonces, era el olor de las flores que ya no estaban y que nunca estuvieron ahí. De más está decir que no encontramos nada, el olor era omnipresente y, como antaño, casi tangible.

De a poco nos fuimos acostumbrando. Mi hermano y yo seguíamos con

nuestras vidas, y el olor nos molestaba cada vez menos. No es que hubiera menguado su poder sino que nos habíamos acostumbrado a él. No hay narcótico más eficaz que la costumbre.

Un día de esos, entré a la pieza de mi hermano a buscar las llaves del auto. Yo no entraba en su pieza desde la muerte de mi abuela: mi hermano insistía en guardar la caja con sus cenizas en la mesa de luz, y eso era algo que yo no podía aguantar. No podía ver la caja, no podía concebirla hecha cenizas. Mi temeraria imaginación tenía su talón de Aquiles. Ese día, sin embargo, no esperé a que llegara mi hermano para pedirle las llaves. Ese día entré. Las llaves estaban en la mesa de luz, al lado de la caja. Respiré hondo, respiré hondo de verdad, y el olor de las flores —que nunca se había ido— volvió con toda su potencia, volvió a mi garganta, se hizo bola de llanto y estalló, fuerte y poderoso como había entrado. Miré la caja de cenizas, la miré fijo por primera vez en mi vida y sentí que ahí —ahí— no había nadie.

UN TIEMPO FUERA DE CASA

Ese lunes, Mikol apagó el despertador antes de que sonara; todavía era de noche. El cielo de verano, a esa hora, estaba en calma: aún no había un sol castigador que asegurara que la Tierra era una versión no tan sutil del infierno. Se puso los pantalones y las zapatillas y salió a la calle sin hacer ruido, no quería que sus padres lo oyeran. Era un barrio tranquilo, casi pueblo, todos conocidos, todos decentes, pero uno nunca sabe, y no eran horas para que un chico de doce años anduviera solo por ahí. Siempre puede haber un forastero malvado, con maldad de otro lugar, dispuesto a atacar a un niño inocente; o tal vez un animal salvaje, o un pozo profundo, o, sin ir más lejos, las amenazas del caudaloso río del norte.

Mikol, al igual que todos los chicos, tenía prohibido acercarse al río desde que la hija pequeña de Fimbur y Alequia, la dulce Ritán, había desaparecido, se estimaba, en sus profundidades. La búsqueda se extendió durante meses, y no quedó un segmento sin recorrer. El río fue vadeado en su totalidad, y el bosque colindante fue recorrido por expertos, voluntarios y familiares destrozados. Ritán nunca apareció, y el río adquirió una fama de sitio embrujado, de agua maldita, de desgracia local.

Los chicos del lugar veían de lejos el río censurado, como quien sabe que no debe acercarse al perro entrenado para matar. Los veranos eran más duros con ese derroche de agua, un agua fresca y vedada al alcance de la mano, pero la costumbre, como de costumbre, le ganó la partida al deseo, y el río se convirtió, de a poco, en un adorno intocable.

Mikol había nacido con destino de oveja negra. Niño terrible, estudiante irreverente, hijo desobediente. Le gustaba escaparse y huir a través de los algodones y de los viñedos, y pasar días enteros lejos de casa. Se sentía adulto, independiente y más vivo que nunca cada vez que se recostaba en el

pasto a soñar con las delicias de mundos paralelos, en donde no existieran las normas, las reglas, los horarios y la escuela. Tenía doce años y la ambición típica de quien es inocente: nunca se resignó a la idea de que la realidad es eso que se percibe a simple vista. Por eso, cuando el río, el hermoso río, el refrescante y caudaloso río fue clausurado, a Mikol no le importó: no sería una clausura aquello capaz de detenerlo. Y cuando se enteró de que el motivo de la clausura tenía su raíz en el misterioso caso de una niña desaparecida, no solo no le importó sino que se sintió en la obligación de quebrar, una vez más, las reglas impuestas; un poco por su deseo de encontrar a Ritán y convertirse en héroe (Mikol tenía la inquietante idea de que solo las ovejas negras podían ser héroes; los ciudadanos o pueblerinos, lo mismo da, cien por ciento respetuosos y obedientes, no tienen posibilidad de hallar grietas que reparar, porque miran apenas aquello que se les permite mirar), y otro poco por la rebeldía hueca de un chico de doce años; después de todo, lo ambicioso no quita necesariamente lo infantil.

Un día de aquellos, Mikol se metió en el río; era la primera vez desde la desaparición de Ritán. Había aprendido a nadar y no le tenía miedo al agua; solo sentía un ardor picante por estar haciendo lo que no debía. Se fue metiendo cada vez más adentro, y lo hizo sin prisa; nada lo apuraba.

La primera sirena que vio lo dejó atónito; en el fondo, no creía en su existencia. La sirena lo observó tal vez más asombrada que él. La segunda sirena apareció por detrás y le pegó un susto casi de muerte. Y la tercera sirena le miró fijo las piernas y le hizo señas. “Seguime”, parecía decirle. Y Mikol la siguió.

El reino estaba instalado en el fondo del río. Mikol supo que era un reino porque tanta belleza, tanto lujo y tanta fastuosidad solo podía ser cosa de reyes, aunque estuviera bajo el agua. Y además supo que era un reino porque ese sillón verde satinado que tenía frente a él solo podía ser un trono, ya que la niña que estaba sentada en él con aire aburrido tenía una corona en su cabeza, y era una corona de reina. Se trataba de Ritán.

Apenas vio a Mikol, Ritán gritó de alegría y se abalanzó sobre él, bajo la mirada desaprobadora, desconfiada y violenta de un tritón de aspecto severo y látigo ígneo; Gran Visir, matón de la reina o carcelero de una prisión sin rejas, Mikol no pudo decidirse. Ritán le contó que él (señaló al tritón) la había capturado, que la habían nombrado Reina del Agua, que pasaba sus días

sentada en ese trono, que extrañaba a su familia y que la única vez que intentó huir, el tritón le cortó la huida con un látigo feroz que le había dejado dolorosas quemaduras en las piernas. Mikol le dijo que la gente la había buscado durante mucho tiempo, y que no entendía por qué no la habían encontrado. Ritán le contestó que ningún adulto podía ver el reino, y se largó a llorar. El tritón se acercó e intentó expulsar a Mikol a golpe de látigo, pero las tres sirenas se ofrecieron, veloces, a acompañarlo a la salida; ya en la orilla, la sirena que lo había guiado volvió a mirarlo, pero esta vez a los ojos, y Mikol supo que en el fondo del río tenía una cómplice.

Desde ese día y durante días, Mikol y la sirena se encontraban en la orilla y hacían planes.

Ese lunes, aún de noche, Mikol volvió al río. La sirena lo esperaba para volver a guiarlo a lo profundo. Mikol buscó al tritón con la mirada y no lo vio; la sirena sonrió con media boca y le hizo señas para que se apure. Mikol vio a Ritán dormida, acurrucada en el inmenso trono de su cautiverio. La despertó en silencio y se la llevó de la mano, precedidos por la sirena piadosa.

Ya en tierra, Mikol llevó a Ritán a su casa, la dejó en los brazos amorosos y enloquecidos de su madre, tomó la escopeta de su propio padre, regresó a la orilla del río y se sentó a esperar. Un par de horas después, una mano que sujetaba un látigo de fuego se asomó desde adentro del agua, allá a lo lejos. Mikol se incorporó, destrabó el arma y apuntó.

A fin de cuentas (pensó Mikol, casi hombre) las ovejas negras también pertenecen a un lugar, y lo defienden como si nunca, bajo ninguna circunstancia, hubieran deseado escapar de él.

LA ELEVACIÓN

Era una de esas personas que, para elevarse, se paran sobre la cabeza de los demás. Cuando yo lo conocí hacía equilibrio en los hombros de alguien que, aparentemente, había logrado algo que él quería lograr. Entonces se sentía importante, alto, astuto. Yo lo miré, curiosa. No entendía su razonamiento. Hay muchas cosas que no entiendo, y por eso algunos me llaman ingenua, otros boluda.

Decía que no entendía su razonamiento, porque ¿de qué sirve la elevación, si esta se basa no en conquistas propias sino en hundimientos ajenos? Y ahí estaba el otro, el que sí podía jactarse de algún que otro mérito, inmóvil bajo los injustos pies del usurpador. Y el usurpador saltaba sobre los hombros del tipo de abajo, para hundirlo más. El pozo ya tenía más o menos un metro de profundidad. Encima eso. Porque si me decís que el pobre infeliz que busca elevarse sin trabajo se para sobre alguien que está, a su vez, en una altura considerable, bueno, no sé, puede ser entendible, aunque no justificable. Pero no. El pozo llegaba a un metro. Ponele que el hundido medía un metro con ochenta centímetros, ¿vale la pena crearte una fama de patético carroñero por una elevación de ochenta centímetros?

Y está la conciencia. Tal vez el esfuerzo de hacer equilibrio sobre los méritos de los demás tenga compensación en la apariencia, tal vez alguien se trague el cuento de tu elevación de dudosos medios. Pero una vez que te quedás solo, frente al espejo, ¿qué te decís? ¿Te felicitás, te mentís? ¿Te das asco y pena? ¿Te la bancás?

En eso pensaba yo, cuando vi que el de abajo movió los hombros en un planeado y violento sacudón con olor a venganza, y el elevado perdió el equilibrio y cayó al suelo. El cráneo se le despedazó en una docena de partes.

Cosa rara, porque ochenta centímetros no es una altura extraordinaria.

PERVERSA

Ningún médico pudo explicar por qué Electra no podía llorar. Mejor dicho: por qué Electra, si lloraba por más de dos minutos, moría.

Tras largos y complejos análisis, los especialistas determinaron que Electra tenía una enfermedad aún sin nombre que hacía que cada vez que la niña lloraba, su cerebro estuviera a punto de explotar. Y no es metáfora. Lo que no se podía explicar era por qué ocurría eso, por qué la naturaleza, cada tanto, insiste en esa especie de perversión que crea dolores y padecimientos dignos de una imaginación ilimitada y maquiavélica. La naturaleza es vida, aire puro y agua cristalina, y de golpe pega un salto incomprensible y se transforma en un cerebro que explota si quien lo posee llora por más de dos minutos.

Los desesperados padres decidieron criarla en la más absoluta miseria y en contacto con los peores males del mundo, a fin de convertir en su hija en un ser desalmado e insensible a fuerza de golpes, y así salvar su vida. Los padres de Electra confiaban en la demoledora fuerza de la costumbre: ¿qué cosa puede hacer llorar a quien se acostumbra al hambre, al frío y al dolor?

Nada bueno ocurrió durante los siguientes veinte años. Nada bueno ocurrió en la vida de Electra; su realidad consistía en durezas, carencias y maltratos, pero Electra no sufría: la costumbre puede ser tan siniestra como la naturaleza.

Electra, ya indolente, vivía al margen y nada le importaba. Llegó la guerra, llegó el hambre, el frío, la muerte, y Electra ya estaba saturada de todo. Llegaron las pestes, y Electra soportó una por una, con el estoicismo de quien no tiene nada que perder. Llegaron los guerreros que mataban a los hombres y violaban a las cautivas; las mujeres sufrían, lloraban y luego morían, y Electra dejaba hacer. Ningún dolor podía matarla, porque ningún dolor entraba en la Electra acorazada.

Pero meses después, cuando en esa tierra arrasada solo quedaban en pie dos chozas, algunos animales sin destino y Electra, la muchacha sintió que algo pedía salir. Algo adentro suyo pedía espacio. Electra se dejó llevar por esa fuerza y entonces lo vio: un bebé rojizo, arrugado y minúsculo había salido de su vagina, y lloraba en reclamo de algo. Electra lo tomó y lo apoyó sobre su pecho porque otro algo también interno y remoto la obligó a hacerlo, y entonces la naturaleza volvió a pegar un salto incomprensible y volvió a ser vida, aire puro y agua cristalina. Y Electra, que no estaba acostumbrada a eso, lloró. Y luego murió.

Y el bebé siguió llorando hasta que una de las vacas sin destino que patrullaba la tierra se acercó y le dio de mamar, y luego siguió llorando como llora todo bebé y nada pasó, porque finalmente la naturaleza se había quedado quieta.

LA GIGANTA

Nada auguraba que ella se convertiría en eso. Nació normal, en una familia normal, en un pueblo demasiado normal. Sus padres eran campesinos remotos y rudos, acostumbrados a lo áspero: los cambios extremos de clima, las enfermedades súbitas, los médicos a kiaras y kiaras de distancia, los animales sacrificados no en honor a ningún dios (porque no hubo nunca un dios para esa gente) sino para evitar el desparramo de alguna peste. La normalidad de esta familia normal era un papel de lija, un manojo de ortigas, sal sobre piel en carne abierta. La comarca entera vivía de acuerdo a las normas de la resignación: la vida consistía en no morir; no morir de hambre, de frío, o de rutina dura y gris.

Cuando Gunta quedó embarazada por sexta vez, Raqim esperó (no deseó, ya que nada deseaban) que fuera un varón. Ya tenían cuatro hijas y solo un hijo, y eso era insuficiente, más teniendo en cuenta que el niño padecía una extraña y compleja deformación en las piernas que lo convertía en un ser físicamente débil. Las mujeres no podían labrar, domar y faenar como los hombres. Lo hacían, pero con menos fuerza, y Raqim se lamentaba de su mala suerte mientras bebía súcará en la mugrienta taberna del poblado. Luego volvía a su casa, le pegaba a Gunta frente a la mirada aterrada de las niñas y del niño, y se derramaba sobre la litera para dormir un sueño incómodo y violento. Así era todos los días, y así era en todas las familias del pueblo.

El día que ella nació, el aire se cubrió con una neblina pesada, casi tangible; era una neblina que se metía en cada recoveco del pueblo y ennegecía cada mirada. Fue un día atroz: la gente solamente podía guiarse por lo que escuchaba y por lo que tocaba, ya que la neblina olía y sabía a tierra, confundiendo todo. *A tierra revuelta, a remolinos de tierra*, decía, angustiada, la curandera, mientras aseguraba que eso no podía significar nada

bueno. Y en medio de la neblina omnipresente, Gunta sintió el parto. Gunta se acomodó como pudo sobre la única mesa de la casa y, con la ayuda limitada de la curandera fatalista, dio a luz a Yalinca.

Yalinca era un bebé de tamaño bebé tirando a renacuajo. Las patitas largas y delgadas pataleaban como para librarse de la neblina que parecía querer atarla, y el llanto de gorrión con el que anunció su llegada quebró el aire en dos, como si de golpe se hubiera abierto una grieta visible entre la neblina y el resto del mundo. Gunta se olvidó de los dolores y Raqim, al enterarse de que era padre de otra niña, dio un portazo y atravesó la neblina hasta llegar a la taberna. Esa borrachera tampoco fue de felicidad.

Durante su desafortunada infancia, Yalinca tuvo el consuelo de la complicidad de su hermano. El pequeño Dionis, feliz porque al fin había dejado de ser el más chico y el más problemático en una familia demasiado grande y demasiado ocupada, se adjudicó el papel de protector de Yalinca. Mientras las hermanas (no tan) mayores se hacían cargo de responsabilidades que excedían su capacidad de trabajo, Dionis cuidaba a Yalinca, la bañaba (cuando había agua), le daba de comer (cuando había comida) y la acompañaba en juegos (siempre), juegos que inventaba para ella: encerrarse en el establo y contar cuántos ferules de color rosa podían enlazar en dos minutos; adivinar en qué lugar nuevo había escondido Gunta las pocas monedas que conseguía rapiñar del bolsillo ebrio de Raqim; taparse los oídos, cerrar los ojos y cantar bien fuerte una canción, una canción cualquiera, mientras Raqim le propinaba a Gunta la paliza acostumbrada.

Así, la infancia de Yalinca fue desafortunada pero, gracias a Dionis, no tan infeliz.

El fenómeno empezó a dar señales en la pubertad. A esa edad en que las niñas normales se sorprenden cuando notan que su pecho ya no es chato y que su pubis deja de ser lampiño, Yalinca comenzó a crecer. No se trató del típico estirón de la adolescencia sino de un crecimiento total e ilimitado. A los catorce años, Yalinca medía cuatro hilaques y pesaba quinientos cincuenta patores.

Es fácil deducir que, al principio, nadie se alegró. Una hija fuera de lo común necesitaba un tratamiento fuera de lo común: la vieja cama solo le servía como apoyapiés, la poca comida era, más que nunca, insuficiente, y el techo de la casa, de unos ridículos dos hilaques de altura, parecía un insulto

burlón. Lo curioso del caso es que nadie se alegró pero nadie, tampoco, se asombró. Tan acostumbrados estaban a los infortunios, que una gigante en la familia era casi una desgracia esperada. Dios nos libre de semejante impavidez.

Todo fue dolor extra hasta que Raqim tuvo el único pensamiento luminosamente comercial de su vida. Ocurría que la gente venía de otras comarcas para ver a la gigante. Los adultos se paraban frente a ella y se revolcaban en el propio pavor, y la señalaban y decían *es horrible, pobrecita*, y los niños le tiraban piedras y jugaban a ver quién le acertaba en la frente, mientras Dionis intentaba ahuyentarlos, enfurecido y en vano. Se puede decir sin errar que para Yalinca todo siguió siendo dolor extra. Pero Raqim vio, entre las lágrimas de manantial de su hija, la posibilidad del negocio. Donde está el interés, está el dinero, y el interés estaba sobre el inmenso cuerpo de Yalinca.

Raqim ordenó a su hija que se sentara en el patio trasero, al aire libre; de todos modos, no cabía bajo techo. Sobre una vieja madera escribió *Circo La Giganta*, y plantó el cartel en la entrada del pueblo. Cobraba dos guamines a todo aquel que quisiera contemplar a Yalinca, y cinco guamines más a quien quisiera apedrearla, acariciarla o penetrarla. El circo de Raqim fue un éxito; por primera vez se lo veía reír a carcajadas, feliz porque, decía, la fortuna empezaba a sonreírle. La familia no se quejaba: había comida, agua caliente e, incluso, un par de muletas para Dionis. Pero Dionis se negaba a usar las muletas; Dionis se negaba a usar cualquier cosa que proviniera del dolor de Yalinca, y si no le había declarado la guerra a su padre era solo porque Raqim, con ayuda de cinco hombres, lo había atado al tronco de un sebulú para luego plantar a su lado un cartel que invitaba: *Contemplan al Hombre Furia por dos guamines*.

En cinco meses y debido al dolor extremo y total, Yalinca creció tres hilaques más. A sus quince años, era una muchacha de siete hilaques y casi novecientos patores de peso; y cuanto más crecía, más gente iba a verla; la visitaban por curiosidad, lástima, simpatía, morbo, o simplemente para abusarse de su originalidad de todas las formas posibles. Una única vez, un hombre la contempló con infinita pena y le preguntó que por qué no huía, si no estaba atada, y aunque hubiera estado atada, toda sogas era, para ella, un hilo frágil. Yalinca negó con la cabeza y, en medio de hipos y lágrimas, le contestó

que no podía hacerlo, no podía huir, porque su padre la encontraría y le pegaría. El hombre quiso argumentar que Yalinca recibía golpes y humillaciones todo el tiempo y que, ¡santísimos dioses!, medía siete hilaques y nadie era más fuerte que ella, y que con una simple patada podía destruir la casa, pero Raqim y sus secuaces lo desmayaron de un pedrazo y lo expulsaron del pueblo para siempre. Eso no le gustó a Yalinca, y era la segunda cosa que no le gustaba; la primera era ver a Dionis atado al sebulú, sangriento y furioso, y dos cosas que no le gustaran valían más que una, y tres valían más que dos, y la tercera tuvo lugar cuando llegaron los jóvenes de la comarca del oeste y se metieron en el establo e intentaron cortar los cuernos y las alas de los ferules rosados.

Entonces, en ese instante y por segunda vez, llegó la neblina. La curandera, más vieja y fatalista, repitió que eso no podía augurar nada bueno, y no se equivocaba: el pueblo entero estaba destinado a desaparecer. Porque la neblina espesa se metía en los ojos y en los pulmones de la gente provocando molestias, pero en los ojos y en los pulmones y en la mente siempre extraordinarios de Yalinca generó la revolución. Nunca se supo si fue el hecho de ver que sí había algo más fuerte e invasivo que aquellas personas, o el ver a Dionis preso y muriéndose entre toses y lamentos, o el saber que los ferules rosados de su infancia no tan infeliz estaban a merced de unos vándalos sin alma, o que, sencillamente, la neblina formaba parte de su esencia fabulosa; la cuestión fue que, por primera vez desde que Raqim le ordenó sentarse en el patio trasero, bajo el sol, la lluvia o el granizo, Yalinca se puso de pie. Se puso de pie y la tierra tembló. Yalinca se acercó a Dionis y arrancó el sebulú de raíz; luego, con toda la delicadeza de la que era capaz, tomó a los ferules de las patas, les dijo que se agarren con fuerza de su hombro derecho, y descargó sus monumentales puños sobre los vándalos del oeste. Raqim le gritó que volviera a su lugar, pero la rebelión había empezado y hay cosas que, cuando empiezan, no terminan; Yalinca apoyó el dedo gordo de su pie izquierdo sobre la cabeza de su padre y lo aplastó contra el suelo, tal como una persona de proporciones normales haría con una asquerosa kafura. Yalinca se acordó de las palabras del forastero expulsado, sonrió con una sonrisa de reivindicación, y arremetió a patadas contra todo lo que se encontrara en su camino. El pueblo fue trinchera y desierto, al mismo tiempo y en dos minutos.

Cuando solo quedó tierra revuelta, remolinos de tierra, Yalinca se metió en

un bolsillo a Dionis y en el otro a los aterrados y rosados ferules, y empezó a caminar. No podía jurar que más allá de la frontera hubiese un lugar para su increíble humanidad, pero tampoco podía decir, como no pudo decirlo nunca, que ese residuo de pueblo era su hogar.

SUS OJOS MUERTOS

El maniquí clavó sus ojos muertos en la cara del hombre y lo miró fijo, como se mira a quien se ama o a quien se odia. Era una mujer de plástico y formas reales, con caderas y piernas y pechos de plástico pero grandes como las de una mujer verídica y sana, que había sido útil décadas atrás, cuando pasar hambre no era moda. Pero luego, en el luego de ahora, de estos tiempos de pasarelas livianas y ojerosas, el maniquí había sido derrocado por otros más acordes a las exigencias de la actualidad; como nadie sabía qué hacer con él, y molestaba en el sótano abarrotado, el dueño de la tienda se lo regaló al empleado de mantenimiento, y el empleado de mantenimiento lo llevó a su casa para usarlo como perchero. Y ahí estaba el maniquí, en el living del empleado de mantenimiento, con una campera colgando de un brazo, una boina en la cabeza calva y hermosa, y la mirada fija en el hombre.

Como primera reacción, el hombre creyó estar delirando. El maniquí no podía mirarlo. Sin embargo, recordó que, cuando lo sacó del sótano, el maniquí miraba hacia arriba, a un punto indefinido, entre cerca y lejos, como miran los miopes y los presos. Y en ese momento, el maniquí tenía la mirada estática en su cara. Y no supo qué pensar ni, mucho menos, qué sentir: nunca una mujer de verdad, una mujer de carne y hueso, lo había mirado así.

El hombre se sentó en el sillón, frente al maniquí, y esperó. Tenía la misma actitud que tiene un tímido en la primera cita. El maniquí siguió mirándolo. El hombre le preguntó si le molestaba la campera o la boina. El maniquí no contestó. El hombre le preguntó si deseaba beber algo. El maniquí no contestó. El hombre le preguntó si había algo en concreto que quisiera decirle. El maniquí no contestó. El hombre le preguntó si se sentía ofendida porque se había quedado sin vidriera y porque habían puesto, en el lugar que había sido suyo, a un grupo de mujeres irreales. El maniquí no contestó. El hombre le

preguntó si quería que él le hiciera el favor de prender fuego la tienda que tan mal la había tratado. El maniquí no contestó pero, por algún motivo, el hombre entendió ese silencio como un sí.

La tienda ardió esa misma noche y hasta el amanecer, cuando los bomberos lograron reducir y maniatar al fuego, aunque nada podía salvarse: ni la ropa de moda, ni los maniqués irreales, ni la vida del dueño de la tienda.

La policía allanó la casa del empleado de mantenimiento y encontró poca cosa: un bidón de nafta vacío (única prueba), el hombre sentado en el sillón con cara de inocencia, y el maniquí pasado de moda, el maniquí que miraba hacia arriba, a un punto indefinido, entre cerca y lejos, como miran los miopes y los presos.

CAUTIVA

Lo que me cautiva del insomnio es el mundo lateral. Basta que no pueda dormir para que en la oscuridad de mi pieza se abra una puerta irresistible; esa puerta da a otro lugar, no sé exactamente a dónde, pero no puedo dejar de atravesarla.

Noche tras noche, en las épocas de ojos abiertos, me traslado hacia ese espacio y compruebo, con placer y congoja, que solo yo tengo acceso a él y a sus territorios de pantanos, montañas, desiertos, mareas, infiernos, jardines botánicos y zoológicos, hombre(s) de mi vida, avisperos, serpientes que ofrecen manzanas, arenas movedizas, relojes cucú que apresan tucanes de diez mil colores, los hijos que aún no tuve, los perros que fueron míos y se murieron o se escaparon, el león que nunca podré tener como mascota, las cosas que te dije esa madrugada, las cosas que no te dije nunca y que hacen metástasis, las risas verídicas, las risas que ocultan un estrépito de cristales, el optimismo infatigable, las razones que no me confieso, la mujer que huyó del espejo durante un duelo demoledor y regresó irreconocible pero viva, tu cara, tu cuerpo, tu espíritu solar, el secreto que te corroe y que creés que yo ignoro, laberintos cenagosos que fingen ser fiestas de disfraces.

Y no puedo dejar de ir hacia allí, aunque me diga una y otra vez que ese lugar no me conviene, que ese lugar es para personas diferentes, no para alguien como yo, aunque no sé muy bien cómo soy yo y por qué ese lugar no es para mí.

Anoche volvió el insomnio, y con el insomnio volvió la puerta hacia el mundo lateral. La atravesé, como siempre, pero al querer regresar al mundo real, al mundo cotidiano, la puerta se cerró sin picaporte ni llave ni candado; se cerró y me dejó de aquel lado, mientras el león que nunca pude tener como mascota me lamía la mano.

EL MALEVO

Comía la naranja sin pelarla. La partía al medio con un cuchillazo seco y la masticaba así, con cáscara. Esta costumbre le había hecho ganar el respeto de todo el pueblo. Esto, y su facilidad para desenfundar el revólver ante la menor provocación.

Era conocido como El Malevo, y todos los días se sentaba en la mesa más arrinconada del bar, a la espera de algo. Todas las personas, tarde o temprano, lo buscaban para que las ayudase a solucionar problemas. El Malevo, con su revólver fácil, sus palabras escasas y sus desayunos de naranjas al mejor estilo macho que todo lo puede, tenía más poder que cualquiera.

Un mediodía de verano, arrastrando polvo y sudor, El Gigante irrumpió en el bar. Contó que venía de un pueblo remoto, huyendo del marido de alguien. Se sentó, apoyó los pies en el respaldo de la silla de El Malevo y ordenó un whisky. El Malevo lo miró con toda la incredulidad que podía permitirse y puso una mano en su arma. El Gigante no se inquietó: tomó un espléndido ananá de una frutera repleta y le pegó un mordisco feroz. Así, sin pelarlo.

El Malevo volvió a guardar la mano en el bolsillo y pagó una ronda de whiskies, por si acaso.

LAS COSAS NO SE MUEREN

El hombre coleccionaba. Cualquier cosa, coleccionaba. Barcos metidos en botellas, mariposas disecadas, flores secas, estampillas, muñecas de cerámica, gatos de porcelana. Su casa se había convertido en un depósito de objetos inservibles, que lo único que hacían era juntar polvo y asustar a sus sobrinos las pocas veces que lo visitaban. Las muñecas, acomodadas de a decenas en los estantes del living, parecían observar todo y guardar secretos, como lo harían los miembros de una logia muda y algo siniestra. Los gatos tenían una expresión que pretendía ser tierna pero resultaba macabra. Los demás objetos eran tesoros que no se podían tocar, porque no eran juguetes sino restos de un naufragio sin mar ni isla salvadora. Eran las tablas de madera a las que el hombre se había aferrado hacía años y que ahora se negaba a soltar, aunque el presente lo encontrara pisando tierra firme.

El hombre era viudo. El hombre se había casado joven, y se había casado por amor y para ganarle algo a la soledad. Fueron años felices, sin hijos pero felices, sin lujos pero felices, él y ella encerrados en su mundo particular pero felices. Y luego, ella enfermó. La casa entera se llenó de silencio para no molestar, de olor a medicinas, de él vagando de una habitación a otra con la brújula inundada. Y fue así hasta que ella murió, y fue así después de su muerte, hasta que un amigo le dijo al hombre *tenés que hacer algo, no podés vivir de este modo*. Entonces el hombre empezó a coleccionar cualquier cosa; la idea era tener la mente ocupada durante el duelo. Pero cuando el duelo terminó, el hombre ya estaba cómodo ahí, entre sus colecciones, entre sus objetos seguros. Era joven y podía ser atractivo; más de una mujer se habría sentido interesada en él. El problema era que la seguridad que le brindaban sus objetos, la quietud, la permanencia, no la hallaría en ninguna mujer, por más hermosa y dulce y seductora y compañera y adorable que fuera. Y el

hombre no creía poder soportar otra muerte, otro abandono, otra tormenta.

Aquel sábado de invierno, Ana tocó el timbre y el hombre abrió.

—Te traje un pedazo de bizcochuelo.

Ana también estaba sola. Estaba sola y cocinaba. El hombre le agradeció y no la invitó a pasar.

—Es que las habitaciones están llenas de cosas, no tengo lugar — argumentó, y era cierto.

Ana dijo que lo comprendía y que no había problema, y dijo (para sí misma, mientras daba media vuelta y regresaba a su casa) que volvería a intentarlo. Así como él tenía colecciones de cosas inservibles, tablas de madera, restos del naufragio, ella tenía todo el tiempo del mundo.

EL PELO AL HUEVO

Les decía a los demás qué tenían que pensar. De eso trabajaba.

La vocación de crítico se había despertado en él desde que era muy chico y se adivinaba más inteligente, más sagaz, más digno que los demás. Si en el recreo un compañero se compraba un helado de crema y frutilla, él lo contemplaba con desdén y afirmaba, sereno:

—Ese helado es un asco. El único rico es el de crema y chocolate.

Y lo decía con un poder de convicción tan asombroso para un niño de su edad, que nadie ponía en duda su declaración. El helado de crema y frutilla se convertía en un asco, y no había posibilidad ni intención de negociar.

Al crecer, se fue interesando poco a poco en el arte. Pero su pasión no era la creación de piezas musicales, novelas, esculturas. Digamos que su pasión no era la creación sino todo lo contrario: se dedicó a juzgar el arte a fin de encontrarle el pelo al huevo. Ya que era más inteligente, más sagaz, más digno que los demás, su palabra debía ser suficiente para separar arte de basura.

Y lo sorprendente era que su palabra, en efecto, era suficiente; suficiente, pero no justa: no hay nada más injusto que la opinión subjetiva, y no hay nada más subjetivo que el arte. Pero a él no le importaba: él era ley, y los demás no decían ni mu.

—Este cuadro no tiene belleza ni profundidad. Relojes líquidos colgando de un árbol, qué absurdo. No merece estar expuesto en esta galería — sentenciaba, frente a un pintor y su trabajo de meses, quizás de años.

En una ocasión de esas, una voz lo desafió de entre el público:

—A mí, el cuadro me llega al alma. Me parece arte puro.

Buscó a quien había tenido la osadía de enfrentarlo, y lo miró con una sonrisa que parecía escupir *por favor, qué sabrá usted de arte*. El arte no se

sabe, el arte se siente, pero el crítico parecía demasiado centrado en sus propios pensamientos como para perder tiempo en análisis y razones que no lo tuvieran a él de protagonista.

Con los años, el ámbito artístico le fue quedando chico. Lo convocaban de todos lados para que diera su opinión sobre cualquier cosa. Una vez fue jurado en un concurso de belleza para perros, y le negó el primer puesto a un labrador de ojos astutos argumentando que su pata derecha trasera era un poco chueca. En otra oportunidad, en la que lo nombraron gourmet estrella en una cata de dulces, rechazó una torta de cuatro pisos y dulzura adictiva porque una de las cerezas de adorno era más chica que sus compañeras.

Cada vez era más quisquilloso y altivo.

Nadie lo soportaba.

Una noche, para la cena, su esposa le preparó fideos moño con salsa de cuatro quesos. Él miró el plato, miró a su mujer, y le dijo:

—Estos fideos están rotos. Te debés haber pasado con la cocción, porque son moños partidos al medio. ¿Cuántas veces te dije que los fideos tienen que estar enteros? Llevate esto, y preparame un té digestivo.

La mujer devolvió los fideos a la cocina, sacó el revólver que guardaba en el tercer cajón, fue al comedor, y con una frialdad de crimen planeado y esperado le pegó un tiro al marido. Cuando la muerte, horrenda y pestilente, llegó para llevárselo, él sonrió, desdeñoso.

—Usted no es la muerte. La muerte es una dama hermosa que seduce a los hombres con su engañosa sensualidad.

La muerte chasqueó los dedos y se llevó, al mismo tiempo, la vida del crítico y su última opinión discutible.

EL TERCER HOMBRE

Resultó que el Edén tenía una entrada en el escote de Mónica; ella no lo sabía, o fingía no saberlo. El primer hombre que atravesó esa puerta enloqueció a causa de la maravilla y huyó a tierras menos generosas. Hay personas que no soportan lo imposible.

El segundo hombre recorrió el lugar, primero con asombro y luego con codicia, y quiso ser el dueño de semejante exquisitez. Mónica, que además de ser paradisiaca tenía un carácter de trazo grueso, lo expulsó para siempre.

El tercer hombre entró al jardín de las delicias y salió de él feliz pero sin las exageraciones del muerto y del avaro. Mónica lo miró, extrañada.

—¿No vas a decir nada del paraíso?

—¿Qué paraíso? —contestó él, acariciándola.

Mónica, por primera vez, suspiró con alivio.

CUIDAR LA CASA

La casa estaba al final de un pasillo sin techo, y arriba de las paredes del pasillo había un grupo de personas que nos disparaban flechas envenenadas. Parecían gárgolas de la guarda, y nosotros estábamos en el otro bando. Nunca supe si éramos los malos o los buenos de la historia, lo único que debía interesarnos era llegar a la casa. Avanzamos en cuclillas, mientras los custodios nos arrojaban las saetas venenosas. Éramos un grupo variado, tampoco supe quién nos había elegido para aquella misión ni qué motivos lo habían movido a hacerlo. La misión era cuidar la casa. Y para llegar a la casa debíamos evadir las flechas.

Como ninguna historia termina al principio, lo logramos.

La casa era un castillo venido a menos, como en esas novelas situadas en el siglo quince donde ciertos nobles tenían título pero ya no riqueza, y se veían obligados a pasar hambre y frío en sus mansiones inútiles. Nos guiaba el dueño de casa, un arqueólogo con cara de estrella de cine que debía pasar un año en la Antártida; nadie le preguntó nada al respecto. Nos explicó que debíamos cuidar ese lugar durante su ausencia, aunque no nos dijo de quién debíamos cuidarlo. Supusimos que los enemigos eran las gárgolas de las flechas o, mejor dicho, no quisimos pensar que podía haber otros enemigos, más enemigos aparte de las gárgolas de las flechas. El arqueólogo nos mostró las habitaciones, un imperdonable derroche de espacio con una absoluta carencia de luz que le daba al sitio un toque siniestro y un tanto deprimente; la penumbra sugiere, la oscuridad afirma. Y estaba el olor. Un olor tan omnipresente que nadie pudo ignorarlo. Indicaba algo podrido, algo grande y podrido. Nos pareció notar que el olor venía de alguno de los tantos roperos que había en las habitaciones. No nos atrevimos a preguntar de qué se trataba el olor, por qué estaba ahí, espeso, suspendido en el aire, no nos atrevimos a

preguntar que por qué nos parecía que no debía estar ahí, pero nos miramos entre nosotros y, en silencio, juramos averiguarlo.

Entonces me desperté, y nada de eso continuó en la vigilia. Las noches siguientes volví a soñar, pero eran sueños vulgares, repletos de precipicios, escaleras, niños y cosas absurdas, y la casa enorme no volvió a aparecer, ni su olor, ni su arqueólogo, y yo me pregunto si es que acaso hay alguien que nos cuida en sueños, para que tampoco en ese mundo lateral la curiosidad nos haga descubrir cosas que más nos conviene ignorar.

PISO DE MADERA

Nadie sabía por qué el hombre se negaba a vender la propiedad. El tipo estaba viejo y miserable, y la propiedad era un desperdicio de espacio, una casona inmensa y tapiada, nido de inmundicias y basurero obligado por la falta de consideración vecinal. Ni siquiera tenía perfil de mansión embrujada; las mansiones embrujadas tienen un no sé qué romántico aunque estén cubiertas de yuyos y corrosión. Este lugar era, simplemente, un viejo almacén deprimente e inutilizado, cerrado con un muro de cemento y terquedad que había levantado el viejo para que nadie pudiera salirse con la suya.

Había mucho dinero para el viejo. La propiedad valía fortunas incluso en ese estado de putrefacción arquitectónica. Pero el hombre decía que no, cabezón, testarudo, encerrado bajo siete llaves en su actitud de cosa imposible. Trataba con grosería a los vecinos que intentaban convencerlo e ignoraba a las ratas que se paseaban por los resquicios del cemento.

Veinte años atrás, el lugar era el único almacén del barrio en un barrio de gente de barrio. Los mercados chinos eran cosa de un futuro no imaginado. Los vecinos compraban en el negocio del viejo no por simpatía sino por una monárquica carencia de opciones: era comprar en el almacén del viejo o comprar en algún remoto supermercado, de esos en cadena, que están bien para una eventual compra mensual pero no para la doña diaria que necesita un paquete de arroz y un litro de aceite. Los vecinos fingían ignorar, por necesidad, el estado descuidado y hasta insalubre del ambiente (grasientos salamines apoyados en un paquete de manteca; un frasco de aceitunas destapado y acosado por moscas sedientas de salmuera; una lejana lamparita de escasos veinte voltios que pretendía iluminar pero que solo proyectaba sombras siniestras; un gato que se recostaba sobre los paquetes de azúcar mientras permanecía atento, por si de algún lugar salía un pitufo al cual cazar y

así congraciarse con su amo), pero no podían evitar mirar con recelo el piso de madera.

El piso del almacén era de madera resquebrajada y podrida, y crujía cada vez que alguien pisaba, generando la espantosa sensación de que en cualquier momento todo se hundiría y en vez de almacén quedarían ruinas, y en vez de personas quedarían cadáveres. Si un cliente le preguntaba al viejo que cuándo pensaba arreglar el piso, que así era un peligro, que sólo debía sacar las maderas y poner otra cosa, que un día iba a ocurrir una desgracia, el viejo gruñía y no contestaba.

Poco a poco, el viejo se fue poniendo más viejo y más intratable, el almacén más fantasma y más vacío, y la carencia de opciones dejó de ser para darle lugar a los mercados chinos que ya no eran futuro sino inmediatez. El viejo cerró el almacén, levantó el muro de cemento y terquedad, y se volvió sordo ante las ofertas. Mucha gente sintió que, lejos de deprimirse o preocuparse por el fracaso de su comercio, el viejo, por primera vez en su vida, estaba tranquilo. No tenía que hablar con nadie, no tenía que levantarse temprano, no tenía que hacer nada más que pararse frente a la puerta de su propiedad y ahuyentar a personas y animales.

Pronto empezó a correr el rumor. El antiguo almacén funcionaba como tapadera. El antiguo almacén tenía una entrada secreta a través de la casa del viejo, que vivía al lado. El antiguo almacén era refugio de traficantes. En el antiguo almacén se almacenaba drogas y armas.

Quién comenzó el rumor es algo que tampoco se supo nunca, como pasa siempre. Los rumores no tienen comienzo. El tema fue que el rumor logró semejante tamaño, y logró hacer un ruido tan estridente, que la policía no tuvo más remedio que conseguir una orden judicial y entrar al almacén. El viejo siguió al comisario gritando que era un error, que lo dejaran en paz, que se iban a arrepentir. El comisario y media docena de oficiales entraron al almacén y notaron que el piso latía. Uno de los policías, aterrado, dijo algo sobre un corazón delator de un tal Poe, pero los demás no supieron de qué hablaba, y además estaban muy ocupados tratando de no mearse encima: el piso de madera latía. Todo el piso latía. El comisario, que tenía la obligación de ser hombre valiente, puso voz de hombre valiente y le ordenó al oficial Gómez que rompiera el piso de madera. El oficial Gómez apuntó con su arma al suelo y originó una balacera que destruyó piso, madera y latido. Y de ahí,

de donde antes había piso, madera y latido, salió un inverosímil maremoto, y cientos de barcos perdidos, y miles de marineros desaparecidos. Y nadie supo nunca, tampoco, si el comisario y los oficiales supieron que el Triángulo de las Bermudas tenía su otro lado en el subsuelo del viejo almacén, porque así como apareció el maremoto y los barcos y los desaparecidos, así desaparecieron, otra vez y para siempre.

CURTIDO Y CALLEJERO

Como todas las mañanas, Juan se vistió despacio y puso la pava para el mate. Encendió la radio a un volumen bajo, para no aturdir a su mente recién despierta. Como todas las mañanas, Juan no pronunciaría palabra hasta dos horas más tarde, cuando el diariero lo saludara y él se viera obligado a contestarle.

Juan vivía solo. En alguna parte de la ciudad tenía un hijo con el que no se hablaba. Boedo o Almagro, no estaba seguro. Errores mutuos los habían separado hacía años. Conocidos en común le había comentado que Nicolás se había casado y había formado una familia que Juan no conocía. El amor no lleva a ningún lado, se decía Juan. La gente se muere o te abandona, insistía. Tenía una carpintería ubicada en el local de al lado de su casa. Trabajaba como vivía, solo. Y así está bien, afirmaba.

Esa tarde, la lluvia comenzó como llovizna de perfil bajo. Luego fue hablando cada vez más alto, hasta convertirse en una tormenta de antología. Mejor cierro y voy a casa, pensó Juan, apagando la luz del negocio.

Acurrucado en el escalón de la casa, un perro dormía tratando de no mojarse. Era marrón y largo, uno de esos perros curtidos y callejeros que no se asustan por una tormenta más o un plato de comida menos. Espero que este perro no se venga a morir en mi puerta, deseó Juan.

Miró la televisión, se preparó algo para comer, y se puso el pijama. Cuando se estaba metiendo en la cama, ya casi medianoche, un trueno quebró el cielo y Juan pensó en el perro. El amor no lleva a ningún lado, se dijo Juan, pero la compasión sí. Por compasión, Juan se volvió a poner las pantuflas y abrió la puerta de calle. El perro se despertó y lo miró. Tan curtido y callejero era, que reconocía al instante un buen gesto. Se desperezó y se metió en la casa, con confianza insolente. Acostate acá, le dijo Juan, poniéndole un

pullover viejo en el suelo. El perro movió la cola y obedeció sin discutir.

Lo primero que hizo Juan al día siguiente fue correr a ver si el perro le había despedazado el sillón del living, pero no. Estaba despierto y silencioso, sobre el pullover, esperando que el dueño de casa dictara las reglas de convivencia. Nada de convivencia, te vas hoy mismo, bramó Juan. Pero no te voy a echar justo ahora, todavía llovizna un poco, agregó suavizado, mirando por la ventana. Ahora voy a tomar mate, le informó a continuación, con cierta rudeza absurda. Juan había perdido la costumbre de la conversación; si el perro lo notó, no lo dijo. Se levantó y fue a sentarse al lado de Juan, tranquilo, confiado, como si fuera una rutina ya antigua. Juan le convidó un bizcocho y el perro apoyó la cabeza en sus piernas, con ternura demoledora. En ese instante, Juan se supo perdido. Perdido o encontrado, no pudo precisar.

El resto del día, el perro siguió a Juan a donde fuera. El amor no lleva a ningún lado, le recordaba Juan, cada vez que lo descubría cerca. El perro se limitaba a mirarlo en silencio. Esa noche, el perro volvió a dormir sobre el pullover. Todavía está nublado, puede volver a llover, justificó Juan.

Pasó el tiempo y el perro no se fue. El pullover en el rincón del living adquirió jerarquía de cucha definitiva. De a poco, cuando tomaba mate a la mañana, Juan le fue contando su vida. La muerte de su mujer, la partida de su hijo, la llegada de la vejez como amenaza o simple destino. El perro apoyaba su cabeza en las piernas de Juan y lo escuchaba.

Un día, en uno de esos momentos ya sagrados, Juan miró al perro de manera extraña. Como si, de golpe, hubiese entendido algo.

Con un temblor en la garganta levantó el teléfono y marcó un número que, pese a todo, sabía de memoria.

—¿Nicolás? Soy yo, papa.

CONCEPCIÓN

Tal vez otra persona piense que es una tontería, pero para mí no es lo mismo tener seis platos que tener cinco. Yo tenía seis, y ayer rompí uno. Y no puedo ir a comprar otro, porque son los platos que me compró mi hermano aquella vez que estuvo en Marruecos. Rompí uno y me bajó la presión; se me aflojaron las piernas y sentí que me desmayaba. Me senté y la sensación de vulnerabilidad extrema desapareció.

Yo soy profesor de matemáticas. Me gustan los números, son seguros. Dos más dos es cuatro, y ningún cataclismo puede transformar ese resultado. Y me gusta el orden, y las cosas de a pares. Por eso me afectó tanto lo del plato roto. Porque cinco es un número impar. Siempre creí que lo impar es una forma de desorden: siempre hay algo que queda afuera. Y la poesía es otra cosa desordenada. Concepción, mi vecina del 3º B, escribe poesía. Hace poco me invitó a un recital poético, y yo fui por ella. No llegó a bajarme la presión, pero estuve muy incómodo; la gente leía poemas llenos de metáforas e imágenes irreales. Concepción me agradeció por haber ido con su sonrisa llena de dientes, y me sentí un poco mejor.

Concepción usa un vestido blanco con dibujos de pájaros. Son pájaros rojos, verdes y azules. Yo jamás usaría una camisa así. Mis camisas son lisas.

Concepción se tiñó el pelo de rosa. Antes lo tenía naranja. Y en su comedor hay cinco sillas, porque dice que los números pares traen mala suerte. Y yo la miro y pienso que es irónico que se llame Concepción, porque ella es todo eso que yo no puedo concebir. Concepción es perfectamente capaz de jurar que el resultado de dos más dos es tres, o martes, o tormenta. Concepción es un cataclismo imposible.

Creo que me estoy desmayando.

PAJARRACA

*Los Refutadores de Leyendas tienen razón, pero nada más que eso: razón.
A mí no me alcanza.*

(Alejandro Dolina).

—Portate bien, hacé todos los deberes, y no agites demasiado las alas —le dijo la mamá de Elena a Elena antes de dejarla en la puerta de la escuela. Así como hay personas que tienen un ojo bizco o una pierna renga, Elena tenía alas. Al principio, la familia se alarmó; se trataba de un hecho inédito en el árbol genealógico. Luego, al ver que las alas no le impedían actuar como cualquier otra niña de su edad, pronto se olvidaron de ellas. Elena era una nena que jugaba con sus muñecas, miraba dibujos animados, comía caramelos de frutilla y, además, tenía alas. Las alas de Elena eran parte de su normalidad.

Aquella mañana, durante su primer día de clases, Elena notó algo que no le gustó: ninguno de sus compañeros tenía alas. Era un curso de espaldas lisas. Elena se sentó en un banco solitario con las alas acurrucadas, como quien habla tapándose la boca para que los demás no noten que le falta un diente. Por primera vez en su vida, Elena se sintió rara. Salió al recreo y se arrinconó al lado del mástil.

—Pajarraca.

Elena se dio vuelta. Una nena altiva, de grandes ojos marrones, la miraba con desprecio y algo más, algo que Elena no supo reconocer pero que, sin embargo, sintió. Elena pensó que el desprecio se veía aún más grande en esos ojos inmensos y hostiles.

—Pajarraca. Los pajarracos tienen alas.

Elena no supo qué contestar. La nena de los ojos grandes tenía razón: los pajarracos tienen alas, las personas tienen espalda. La nena de los ojos grandes le dedicó una última mirada enorme y desdeñosa, y fue a sentarse junto a un grupo de niños sin alas.

Mientras Elena apretaba los ojos para que no se le saliera ni una sola lágrima, un nene se paró a su lado.

—¿Cómo hacés para dormir? —le preguntó, señalando las alas de Elena. Elena no percibió nada agresivo en esa curiosidad, y abrió los ojos.

—Las doblo y no me molestan. Es como cuando dormís de costado y ponés los brazos junto al pecho.

El nene pensó que sonaba lógico.

—¿Y cómo hacés para bañarte?

—Les paso una esponja con jabón, después las enjuago y las sacudo. Se secan rápido.

El nene pensó que eso también sonaba lógico.

—¿Puedo tocarlas?

Elena dudó. Luego asintió. El nene estiró la mano y la apoyó con suavidad en las alas de Elena.

—Son suaves. ¿Siempre fueron rosas?

—No. Cuando era más chica eran blancas. Y me parece que cuando sea grande van a ser rojas.

Hicieron silencio unos instantes.

—Yo también tengo algo —dijo el nene. Se sacó una zapatilla y le mostró el pie a Elena. Los dedos estaban unidos por una membrana.

—¿Te duele? —quiso saber Elena.

—No. No siento nada. Y puedo aguantar mucho tiempo abajo del agua. Pero no conozco a otra persona que tenga esto. Ahora te conozco a vos.

—Pero yo no tengo eso. Tengo alas.

—Ya sé. Pero es lo mismo. ¿Querés venir a jugar a mi casa?

Elena pensó poco y nada, y le dijo que sí.

LA PEREGRINA

Le habían dicho que cada ampolla era un pecado cometido, y ahí, en la peregrinación a Luján, le estaban saliendo como diez en cada pie. Claro que podía deberse a las alpargatas baratas que se había puesto, esas con suela de cartón; se las había puesto porque las zapatillas estaban embarradas, y era un sacrilegio presentarse ante la Virgen con el calzado sucio. Pero las ampollas eran pecados, más allá de las alpargatas. Porque ella pecaba, lo sabía. Cada vez que su marido le pegaba, ella le gritaba que por favor no lo hiciera más, y a ella la habían educado bajo la consigna de poner siempre la otra mejilla. El tema es que ella tenía un solo cuerpo, es decir que no tenía otro para poner, así que por eso intentaba defenderse, aunque fuera pecado. Y ahora iba a Luján para pedirle perdón a la Virgen, perdón para ella y clemencia para sus hijos, porque ella podía soportar los golpes, pero sus hijos eran chicos y ya no les daba el alma. Y le iba a pedir, también, que le diera fuerza para no denunciar a su marido, porque es pecado que una mujer declare contra su esposo. Su esposo ante Dios. Y le iba a rogar que en su infinita misericordia hiciera una de sus milagrosas apariciones en algún lugar de la ciudad, o al menos que alguien inventara esa nueva aparición, para que la Iglesia dictaminara otro día de peregrinación y ella tuviera una excusa más para estar, aunque más no fuera, doce horas lejos de casa.

CLICHÉ

Ella le pidió que le bajara la luna y él, omnipotente por gracia del amor, estiró la mano y se la bajó.

Ella, encantada, despejó los cacharros que tenía en el patio (una regadera, un tendedero, la cucha del perro, el perro mismo) y ubicó la luna entre las macetas. Todas las noches dedicaba unos minutos a la contemplación lunar, pero cada noche con menos ganas que la noche anterior. Les contaba a sus amistades lo afortunada que era: su amante le había bajado la luna, pero puertas adentro se preguntaba qué se hacía con ella. La contemplación lunar, si no se combina con otras tareas, es un ejercicio un tanto estéril.

Al poco tiempo, ella y él se separaron.

La luna sigue ahí, rotando a más velocidad de lo normal porque el perro la confundió con una pelota y además, a falta de tierra, orina en los eclipses.

LAS MUERTES DE HILARIO

Casilda, la viuda, bostezó y se rascó la barbilla; se sintió fastidiada al ver que, de tanto uso, su falda de luto estaba gastada en el borde inferior. Lo mismo ocurría, notó, con el ataúd: la madera, tal vez debido a la mala calidad, a la carencia de barniz o a la numerosa cantidad de velorios en los que había servido, se encontraba astillada y daba sensación de desamparo. Como si el muerto no tuviera dónde caerse muerto.

Era la vigésimo tercera vez que Hilario moría. La viuda estaba harta; pensaba, aunque no lo decía para no herir la susceptibilidad de su (por ahora) difunto esposo, que ya era hora de que se muriera en serio. Casilda ya no estaba para esos troles: mamá, murió papá; uy, ¿otra vez? Sacó el cajón del sótano y quitale las telarañas; necesito velar a mi marido, sí, otra vez a cajón abierto, claro; gracias, muchas gracias, ahora descansa en paz, creo; ¡eh, miren, Hilario está vivo, qué alegría!; y de vuelta a la rutina, viviendo todo el tiempo con la promesa inagotable de esa muerte de poco carácter. Casilda estaba cansada. Así no es posible hacer un duelo digno. Así, una empieza a llorar, se mete en el dolor del marido muerto, y de golpe, como si hubiera derecho a semejante burla, el marido respira otra vez.

Catalepsia, habían dicho los médicos cuando Hilario era un niño y murió por primera vez. No, no tiene cura. No, sólo se soluciona cuando el cataléptico se muere de verdad. ¿Y cuándo se muere de verdad? Ah, yo qué sé, señora, no tengo la bola mágica.

Y ahí, en el vigésimo tercer velorio de Hilario, la gente se acercaba a Casilda y le decía que la acompañaba en el sentimiento, pero nadie decía que el sentimiento era hartazgo. Otra vez murió Hilario. Otra vez dejar de ir al bar o al cine para ir al velorio de Hilario, y qué bronca, me pierdo la película y ¿para qué? Para que el tipo vaya y resucite. Hartazgo era el sentimiento, y el

pueblo acompañaba a Casilda.

Y ahí, en el vigésimo tercer velorio de Hilario y como ocurría siempre, llegó el momento en que Hilario movió un pie. Y luego un brazo. Y luego abrió los ojos. Y luego, esta vez y por primera y última vez, algún concurrente sacó un revólver y disparó cinco tiros en el pecho de Hilario.

Y, esta vez, todos lloraron a Hilario con sincero y último dolor.

EL JOVEN APRENDIZ

El joven aprendiz de mago se secó el sudor de la frente con una mano igualmente sudada; era el día del examen final y las cosas venían difíciles. El maestro tenía fama de exigente, y el muchacho era de esas personas que se ponen nerviosas cuando alguien las mira fijo.

El examen consistía en el trillado truco del conejo y la galera. La mayoría de los alumnos lo había hecho relativamente bien, y sin embargo el maestro no premió a nadie con elogios refrescantes. El muchacho estaba al borde del desmayo.

Cuando llegó su turno, el joven aprendiz se acercó a la galera ubicada en el centro de la mesa, la golpeó tres veces con la varita de utilería, y dijo, trémulo, las palabras mágicas. Durante los primeros segundos no pasó nada. A continuación de la nada, el muchacho vio cómo una pata gris y enorme se abría paso desde el interior de la galera, seguida por una trompa extensa y ansiosa. Quince minutos le llevó al elefante salir en su totalidad y desplomarse, jadeante de cansancio y claustrofobia, sobre el suelo del aula.

El maestro miró con desdén al animal y con arrogancia al muchacho, y le preguntó:

—¿Acaso esto es un conejo?

El aprendiz musitó una disculpa y se atragantó con el cero que el maestro le puso como calificación. Luego anunció que renunciaba a la magia, como si eso fuera posible, y salió del salón.

El elefante lo siguió con prisa, temeroso de que algún deslunado volviera a meterlo en la galera y se viera obligado a pasar allí otros cincuenta años, hasta que de entre tanto ilusionista apareciera un mago de verdad y le concediera, sin fama ni gloria, la libertad.

ESO

La vagina era algo malo, así se lo habían dicho. Su madre se lo había inculcado desde muy chica. Eso no se toca, le decía. Porque no decía *vagina*, decía *eso*.

—¿Tampoco cuando me baño? —preguntó Cándida, y la madre le dio vuelta la cara de un cachetazo; luego le enseñó a bañarse con una bombacha puesta, para evitar al máximo todo roce.

El padre de Cándida era un hombre importante que usaba uniforme y armas. Los hombres que trabajaban con él lo llamaban *coronel*. Su esposa, la madre de Cándida, también lo llamaba así. Y gracias a un esfuerzo de paternidad cariñosa, Cándida tenía permitido *llamarlo papá*.

No tenía hermanos. Había tenido, pero ya no. El más grande había muerto en una pelea callejera hacía un par de años, mientras intentaba arreglar un confuso asunto de honor. La hermana que lo seguía no pudo con una tuberculosis que le desgastó cuerpo y alma hasta convertirla en un fantasma lastimoso que contaba las horas que le quedaban para cerrar los ojos para siempre. Y el coronel y su esposa miraban a Cándida esperando el momento en que cediera a una fiebre, un cólico o alguna de esas enfermedades que padecen las mujeres. Pero eso no ocurría; Cándida crecía, aprendía a bañarse sola, y preguntaba si la vagina no se tocaba nunca pero nunca. Y la madre la corregía a cachetazos, porque era así como la habían educado a ella, y qué bien había salido, tan recta, sutil e imperceptible que incluso un coronel la había elegido como esposa.

Cuando Cándida cumplió los quince años, le presentaron a su marido. Era un soldado apenas mayor que ella, de mirada huidiza y manos nerviosas. Cándida no quería casarse con ese chico sino con Pedro, su amigo, el que le regalaba margaritas a escondidas del coronel y la miraba fijo cuando creía que

ella no lo miraba, pero nadie le preguntó; se casarían en primavera, y la fiesta sería abierta al pueblo, para que el pueblo apreciara la generosidad del coronel.

Para la ocasión, la madre de Cándida le preparó una sábana con un agujero a la altura del vientre.

—Para que tu esposo pueda consumar el matrimonio sin necesidad de dejar eso al descubierto; sería un derroche innecesario de libertinaje — explicó, árida y enjuta.

Cándida asintió, resignada, y el matrimonio se consumó, absurdo y aburrido.

El soldado era un marido silencioso, tosco y extraño. Pasaban los meses y Cándida no averiguaba nada sobre él, salvo que podía volverse muy peligroso, con el peligro irracional y torpe del adolescente que se cree hombre, si ella no lo esperaba con la cena lista. Cándida quería saber qué cosas lo hacían reír, cuál era su animal favorito, a qué le tenía miedo. Las respuestas eran *los chistes verdes, el perro, a la humillación*, pero Cándida no las sabía porque el marido no hablaba.

Lo que sí supo, porque se lo contó una vecina, era que a su marido le gustaba ir al burdel del final de la calle.

—¿Y qué hace ahí?

—Duerme con mujeres.

—No entiendo. ¿Va a ese lugar a dormir? Si en casa tenemos cama.

—No, no a dormir. Es una manera de decir. Se acuesta con mujeres. Tiene sexo con mujeres. Hace eso que hizo con vos en la noche de bodas.

Cándida se sorprendió, y no sintió dolor ni angustia ni traición sino curiosidad. Y esa noche siguió a su marido hasta el burdel, y lo espió por la ventana de la calle, y lo que vio lo entusiasmó: su marido estaba desnudo, y embestía como un poseído a una mujer espléndida. Y la mujer estaba desnuda. Y eso tenía que significar que la vagina, que eso, no era algo tan malo. Cándida regresó a su casa, con el corazón tamborileándole y los pies apurados.

Cerró la puerta con llave, se desnudó entera por primera vez en su vida y se paró frente al espejo. Primero se miró las tetas; no eran tan grandes como las de la mujer del burdel pero igual le parecieron lindas. Se las tocó y notó que las puntas, esas cosas marrones, se endurecían como cuando hacía frío,

pero Cándida no sentía frío. Después se miró el ombligo y pensó que era algo atractivo. La palabra ideal sería sexy, pero Cándida no conocía esa palabra. Se dio vuelta y contempló su culo; era blanco, redondo y tenía dos hoyuelos en un cachete. A Cándida le gustó también su culo.

Finalmente abrió las piernas y observó su vagina. Primero pensó que era horrible. Luego dudó. Para despejar dudas, se atrevió a tocarla. Y ya no le pareció nada horrible. Siguió tocándola, y cada vez le gustaba más. Y más. Y más. Y quería decirle a su madre que estaba equivocada, que la vagina no era algo malo, no podía serlo, algo malo no podía sentirse tan bueno. Pero su madre no la entendería. Entonces, en un segundo de osadía que la hizo reír a carcajadas, como un exorcismo sin demonio, supo lo que tenía que hacer. Se vistió rápido y fue a buscar a Pedro.

Tenía algo que contarle.

ESTIRPE

Te asustó mi condición tricéfala, lo noté en tu expresión; creyéndote el cuento, sacaste la espada de la piedra y de un tajo limpio y experto me despojaste de una cabeza. Te preparaste para degollar la segunda y te sentiste perdido al ver que del hueco primero me crecían tres cabezas más. No hace falta ser un matemático para entender que no te convenía insistir en tu manía segadora. Yo quise serenarte, quise explicarte que jamás te haría daño, que cada una de mis cabezas piensa en vos noche y día con terquedad amorosa, pero no hubo forma: te quebraste en un llanto aterrado y corriste a refugiarte en los brazos y en la cabeza única de una mujer normal, cuyo árbol genealógico está libre de extravagantes animales mitológicos.

EL CLUB DE LOS FEOS

El Club de los Feos tenía sede en un edificio antiguo y algo herrumbroso de la Capital Federal. Allí, el último viernes de cada mes, decenas de feos se reunían para comer sándwiches de miga y tomar gaseosa; los hombres comentaban lo mal que actúa Johnny Depp y las mujeres decían que Norah Jones canta cada vez peor, y así la velada transcurría entre críticas y abrazos.

Para ser miembro del Club de los Feos, el solicitante debía ostentar una fealdad indiscutible y total. Una simple joroba o un modesto ojo bizco no eran méritos suficientes para conseguir el carnet de socio. Los feos integrantes se jactaban de poseer una estética que nunca les había permitido formar parte de otra sociedad; mejor dicho, de poseer una estética que siempre los había excluido de toda sociedad. El Club de los Feos debía funcionar, entonces, como modo de justicia y, por qué no, de venganza. Porque para que la fealdad sea íntegra, los miembros del Club la cultivaban en todos sus aspectos: no solo eran feos por fuera sino que también se encargaban de serlo por dentro. El rencor, el resentimiento, la envidia, el maltrato a los lindos y la burla hacia lo diferente eran características festejadas por los socios fundadores.

Entre el selecto grupo de feos se encontraba Lorena. Se trataba de una chica callada, introvertida, tímida en apariencia. Lorena tenía el carnet de socia y cada último viernes comía sándwiches de miga y bebía gaseosa, pero no participaba de los cuestionamientos a la hermosura ni del rencor hacia las vedettes de la calle Corrientes. Lorena estaba incómoda. A decir verdad, había solicitado que la incluyeran entre los miembros del Club para sentir que por primera vez en su vida formaba parte de algo, y nada más.

Como era de esperar, no tenía amigos entre los feos. Su carencia de sentimientos corruptos la dejaba afuera de casi todas las actividades grupales. Tampoco tenía amigos entre los integrantes del Club de los Hermosos, con

sede en la vereda de enfrente: su fealdad no tenía lugar en medio de tanta belleza incandescente.

Pero Lorena era tan tenaz como fea, y sabía que prefería estar sola antes que descender al desdén y al ridículo para conseguir un puñado de mala compañía. Y sabía, también, que una cosa es ser feo, y otra muy distinta es agrandar la propia fealdad con pretextos y recursos estériles y absurdos. El mejor ejemplo de esto se dio cuando se pusieron de moda los sombreros de tres pisos y decorados con abejas disecadas. Todas las modelos del mundo llevaban uno de esos sombreros mientras desfilaban por la pasarela, o bien en su vida personal: cuando caminaban por París, cuando tomaban el té en Roma, cuando hacían shopping por Milán. Y los miembros del Club de los Feos, amparados en el discurso cierto de que todos tenemos los mismos derechos, se empeñaron en usar un sombrero de tres pisos y decorado con abejas disecadas. El resultado fue hilarante y deprimente por partes iguales. Solo Lorena se negó a encasquetarse un sombrero de esos. *Que tengamos el derecho a usarlos no significa que estemos obligados a hacerlo*, decía, con paciente inteligencia. Los miembros del Club no escuchaban razones, y Lorena fue quedándose cada vez más al margen.

Un marginado que es marginado de un grupo de marginados, ¿es más o es menos marginado? Lorena pensaba y se mareaba. Sentía que estaba tocando fondo, y que el fondo era cenagoso y frío. Había algo que a Lorena le hacía ruido, y era la certeza de que este asunto de feos y hermosos giraba sobre su propio eje, una y otra vez, sin avanzar: los feos quieren ser hermosos, pero como la hermosura natural es algo que no puede imitarse, los feos copian aquello que sí se puede: los trucos. Mas truco no es lo mismo que magia, y eso que en los hermosos resulta un condimento más de la belleza, en los feos solo resalta la fealdad. *Es como cuando ciertas personas que apenas tienen para comer, contratan servicio de televisión satelital para así sentirse ricas*, pensaba Lorena. Y como sabía que la cuestión no había empezado en el Club de los Feos, Lorena no encontraba ninguna solución cercana. Porque el Club de los Feos era una consecuencia de otros hechos anteriores y sin embargo vigentes: la búsqueda humana de la belleza en todas sus formas y a cualquier precio, el culto a la vestimenta impuesta por las industrias poderosas, la burla y el desprecio hacia lo que queda afuera de la religión de la moda estética. Pero Lorena sabía, también que la postura de víctima que se convierte en

verdugo elegida por los miembros del Club de los Feos no era el resultado obligatorio del maltrato y el desdén eterno. Existían otras opciones. Los feos del mundo podían, por ejemplo, minimizar la situación mediante la ignorancia alevosa, crear sus propias modas, proclamar a los cuatros vientos que Quasimodo es su dios, y exigir respeto. Pero no. El Club de los Feos insistía en la envidia, el resentimiento, y el uso de sombreros de tres pisos decorados con abejas disecadas. Lorena estaba sola. Lorena era algo así como una guerrera sin armas o ignorante de ellas que pretendía luchar contra una tropa de gigantes de siete cabezas. Un marginado que es marginado de un grupo de marginados puede ser héroe o mendigo.

Solitaria y cansada, Lorena evaluó sus posibilidades y, sintiéndose ajena, atravesó las puertas del Club de los Feos y solicitó una nueva oportunidad.

ROSE

Apenas lo vio supo que era el invento perfecto, al menos para su vida, tan solitaria y triste. Un robot con apariencia de mujer, diseñado para satisfacer las necesidades básicas de todo hombre.

Se lo enviaron a su casa, en una caja de madera. Se llamaba Rose y tenía cabello negro. Cada tanto preguntaba cosas como *¿qué tal estuvo tu día?* y *¿quieres chuletas o frijoles?* Debatía sobre política pero sin entrar en discusiones, bañaba al perro una vez por semana, alquilaba películas de acción y hacía el amor de una manera casi humana. Él se sentía querido, cuidado y acompañado.

Una tarde de lluvia, el perro orinó las cortinas del living. Con su calma característica, Rose tomó un cuchillo, degolló al animal y a continuación limpió sangre y orina. Él presenció la escena y, tras el estupor inicial, se encogió de hombros. Después de todo, pensó, no existe la mujer perfecta.

LA DINASTÍA YUNG

El reino de Nipur vivía sumergido en una desdicha total y añeja, y la culpa era, cuándo no, de sus gobernantes. La poderosa dinastía Yung hacía y deshacía a su antojo, y la plebe soportaba las consecuencias con la resignación de quien confunde lo correcto con lo acostumbrado; las diferencias entre pobres y ricos eran insultantes, al extremo increíble de que mientras los primeros pasaban hambre y frío, los segundos se vestían con camisas bordadas en oro y lucían rubíes sobre esmeraldas en las fastuosas fiestas de la alta sociedad. Una vez al año, los miembros de la familia Yung salían a la calle común, se paraban frente a frente con los pobres y les daban, a cada uno y con sus propias manos, un puñado de arroz y medio litro de vino. Ese día era conocido como *El día de los miserables*, y le servía a los Yung para hacer alarde de una supuesta solidaridad y de un invisible amor por los desposeídos.

Hacía rato que Koyak, el cocinero, planeaba la revolución. Koyak era un infiltrado, un plebeyo de raza que había logrado meterse en el castillo real gracias a sus extraordinarias dotes culinarias y a su capacidad para adular sin pudor a cuanto Yung se le cruzara en el camino; era esta, incluso, su principal arma revolucionaria: la certeza de que los Yung creían en lo que querían creer mucho más que en la realidad. Koyak había comprobado que si alguien le decía al rey Yung que su aliento a ajo era más agradable que el aroma de un rosal, el rey Yung lo creía. Que si alguien le decía a la reina Yung que su tendencia a vestirse con vestidos tres talles más chicos la hacía parecer más joven que su nieta, la reina Yung lo creía. Y Koyak estaba dispuesto a utilizar la debilidad de los gobernantes a favor del pueblo.

Para el éxito de su empresa, Koyak contaba con la complicidad de Vakya, una joven de belleza imposible a la que había entrenado con rigor de

ajedrecista para que, llegado el momento del gran golpe, no errara en nada. Meses atrás, Vakya lavaba sábanas en el río, y Koyak pasó por su lado. Koyak vio cómo Vakya movía sus caderas, obligada por los impulsos de la fricción, cómo los brazos y el pecho se le llenaban de espuma de jabón, y no tuvo dudas: esa mujer era la columna vertebral de la revolución.

Todo el reino sabía que el viejo Yung era un mujeriego irredento; las escandalosas bacanales que organizaba eran famosas por la obscenidad del derroche y la embriaguez de la lujuria. Las malas lenguas, o las lenguas sinceras, decían que el rey Yung gastaba en cada una de sus orgías el dinero que serviría para alimentar al pueblo durante un año; cuando alguien, generalmente Koyak, se atrevía a mencionárselo, Yung se limitaba a reír como si todo se tratara de una broma para divertir a Su Majestad, y no contestaba. Sabiendo todo esto, y luego de conocer a Vakya, Koyak armó un plan.

—Vas a hacer que Yung coma de tu mano —le dijo a la muchacha. Koyak, que era un hombre práctico y ahorrativo, habló literal y metafóricamente a la vez. Desnudó a Vakya, poniendo el máximo esfuerzo en controlar sus propios deseos; la untó con miel, la espolvoreó con canela, la perfumó con vainilla, la recostó sobre una mesa de oro y se la presentó al rey, quien quedó tan hundido en la contemplación de Vakya y su cuerpo comestible que no percibió las tramposas intenciones de Koyak, mas a Koyak se le escapó un detalle fatal: la reina Yung, inmune al hechizo, desenvainó su espada y de un golpe seco cercenó la cabeza de Vakya. La magia y la revolución se evaporaron junto al aliento último de la muchacha.

—Su Majestad tiene derecho a decidir sobre la vida de sus súbditos —le dijo a la reina el aterrado Koyak, y la reina sonrió, satisfecha, porque era sabido por todos que la dinastía Yung creía en sus propios deseos más que en la realidad.

RELINCHA EL CIELO

El cielo se puso rosa, pero ya estamos todos adentro. Es un rosa casi fucsia, un cielo denso. Y ya sabemos lo que viene. Hace tiempo que sucede lo mismo.

La última vez que llovió, llovió arena. Fue una lluvia bastante suave, aunque opresora; nada que ver con aquella temperamental tormenta de verano; en esa ocasión, del cielo cayeron caballos. El cielo no tronaba: relinchaba. Eran caballos etéreos, casi románticos, pero caballos al fin. Cayeron y destrozaron medio pueblo; luego, cuando salió el sol, se levantaron como pudieron y buscaron un lugar donde descansar. Tuvimos que empezar de cero. Entonces, a los pocos días, llovió dinero; nos creímos salvados de nuestras miserias, cuando descubrimos que se trataba de australes. Una lluvia con más de diez años de retraso. Igual nos sabemos afortunados: en el pueblo de al lado, una noche hubo una tormenta de catedrales; los pueblerinos, luego de contar sus muertos, se convirtieron al ateísmo sin posibilidad de negociar con el cura que argumentó, sin éxito, que dios tiene extraños métodos para llegar a sus fieles.

HARÉN

Sumergida en el aromático encierro del harén, la bella Zaira pasaba sus días entre golosinas y siete velos. No era la odalisca más joven, ni la más dócil ni la más rebelde; Zaira se perdía entre las curvas y los caprichos de sus compañeras de cautiverio sin sobresalir por encima de ninguna de ellas. Una vez cada dos meses, días más, días menos, el Sultán dejaba caer un pañuelo de seda frente a Zaira, y esa noche Zaira debía asistir al lecho del Sultán.

No podía decirse que fuese una mujer infeliz. Es difícil ser infeliz cuando uno se acostumbra a su destino, y lo acepta sin preguntarse qué cosas habrá más allá de lo ya revelado. Paseaba por los jardines magníficos, comía dátiles y otros frutos, acariciaba a los tigres mansos que patrullaban los pasillos del serrallo. Su único deber era estar siempre disponible por si el deseo del Sultán reclamaba su compañía. Si bien la presencia del Sultán no se le antojaba irresistiblemente placentera, sí le resultaba agradablemente amena, y eso era suficiente para Zaira.

Las sesenta mujeres del harén eran asistidas y vigiladas por un selecto grupo de eunucos que consentían todos sus deseos sin cuestionar dificultades o delirios de grandeza. Entre los eunucos se encontraba Farid, un joven de rostro simpático y voz dulce, que soportaba su condición de casi hombre con resignación de león destronado. Farid bañaba y vestía a las odaliscas, les preparaba cenas succulentas, les contaba cuentos de lámparas mágicas y alfombras voladoras, les daba masajes con aceites de vainilla. Y Zaira lo contemplaba desde su discreto lugar entre la multitud. A veces, cuando la atención de Farid caía sobre Zaira, la muchacha se sentía sultana. Y cuando Zaira se sentía sultana, Farid se sentía hombre. Y si bien ninguno era infeliz por separado, juntos lograban un estado de plenitud que los sorprendía y los iluminaba.

Zaira y Farid comenzaron a coordinar deberes y ocio para que sus encuentros parecieran ser obra de la inexistente casualidad. Juntos se recostaban en el patio a mirar las estrellas de las noches más hermosas del mundo, bajo la serena mirada de los tigres mansos que, en esas ocasiones, jugaban a ser perros de buena familia. Inventaban historias de amor imposible entre odaliscas y eunucos, y luego las hacían verídicas frente a la misma nariz del Sultán, que no sospechaba nada porque creía que amar era poseer y ser poseído.

Cuando el Sultán legó el trono a su primogénito, Zaira y Farid fueron desplazados por mujeres frescas y castrados fuertes. La jubilación los encontró juntos y plenos, y el nuevo Sultán, ignorante de la unión, obligó a Zaira a servir a las nuevas muchachas, y a Farid a servir a Zaira. Mientras las mujeres pasaban sus días sumergidas en el aromático encierro del harén, Zaira y Farid las entretenían cocinándoles cenas succulentas, dándoles masajes con aceites de vainilla, y contándoles historias de amor imposible entre odaliscas y eunucos.

LA AMENAZA

El hombre corrió la cortina y se introdujo en el habitáculo invadido por el humo de un sahumero agresivo. La adivina lo invitó a tomar asiento y le habló con voz tenue y ademanes lentos, porque siempre creyó que eso aumenta el misterio de lo oculto, sea lo que sea eso que está oculto; se sabe que los humanos prefieren lo sugerente a lo evidente, en especial los humanos que se introducen en el habitáculo de una adivina.

El hombre extendió la mano y la adivina se dispuso a examinarla y a inventar una historia amable y un tanto emocionante, con viajes exóticos, amores inverosímiles y tesoros abandonados; cuando estaba a punto de decir *conocerás al amor de tu vida en un viaje a Mozambique*, la adivina vio su propia muerte dibujada en la mano del hombre. Vio al hombre de pie frente a ella, estrangulándola. Y vio su propio cuerpo inerte y sin retorno.

—¿Y? ¿Cuál es mi destino? —preguntó el hombre.

La adivina pensó a velocidad máxima, y se decidió por una respuesta.

—Pasarás el resto de tu vida en una cárcel de máxima seguridad, y tu existencia será una agonía perpetua. Tus compañeros de reclusión te golpearán bestialmente una y otra vez, y desearás morir para huir de ese dolor atroz, pero tu sufrimiento será largo —dijo, y agregó, mirándolo a los ojos— Y eso sucederá si seguís adelante con el crimen que planeas cometer.

El hombre la miró con sorpresa y pánico, y se preguntó cómo sabía esa mujer que él estaba a punto de enviar toneladas de droga a un país vecino en los cuerpos maltratados de varias *mulas* sin futuro. Y al no hallar respuesta y ante al peligro latente, rodeó con sus manos el cuello de la adivina y la estranguló hasta que la mujer quedó inerte y sin retorno.

TRES GATOS MUERTOS

Aunque no podía explicarlo de una manera clara, Verónica sabía que si una cosa sucede una vez, se trata de un hecho aislado; si sucede dos veces, ya es tendencia. Y los gatos muertos eran tres.

Habían aparecido en el medio de la calle, frente a la casa de rejas blancas, la que estaba al lado del almacén del barrio. Uno el martes, otro el miércoles, otro el jueves, con la innegable rigidez de la muerte. Los autos los esquivaban como podían, hasta que Verónica reprimía el asco y la pena y los corría hacia la zanja, mirando de reojo la casa de rejas blancas, porque Verónica no creía en las casualidades.

En esa casa pasaba algo raro, Verónica lo percibía. Demasiado silencio siempre, demasiada quietud. Todos en la cuadra sabían que la casa estaba habitada por una pareja con dos hijos pequeños, y nadie sabía nada más.

—¿Y qué se supone que vas a hacer, Verónica? ¿Tocarles el timbre y preguntarles por los gatos muertos? Ni se te ocurra, ¿me escuchaste?

El padre de Verónica habló claro y Verónica, niña obediente, le ofreció un dócil *sí papá*, y luego salió a la vereda, cruzó la calle y no tocó el timbre de la casa extraña sino que se trepó a las rejas y saltó al interior con la impunidad que creía que le otorgaba el tener doce años, en busca de las respuestas al misterio de los gatos muertos. Y adentro no halló gatos muertos ni vivos, pero encontró a los hijos de los dueños de la casa atados a la cama, quemados, cortados, y mudos de espanto. Y encontró un teléfono y llamó a su padre, y le dijo que llame a la policía antes de que los padres de los nenes volvieran del trabajo.

Y mientras la policía y los canales de televisión se ocupaban del caso del día, Verónica vio cómo el almacenero, escondido tras el escudo del tumulto, le agregaba un polvillo innecesario y por lo tanto sospechoso a un plato de leche

que, instantes después, le ofrecería a un gato que esperaba con relamida ansiedad. Entonces Verónica se resignó a ser heroína no como hecho aislado sino como tendencia, y llamó a un policía que estaba cerca de ella, y le dijo que el almacenero era un asesino de gatos, y que lo que sucede tres veces sucede cuatro, y que los gatos muertos eran tres.

EL RESCATE

Quería suicidarse, y por eso se paró al borde del precipicio. *El mundo es injusto conmigo*, se dijo a modo de excusa, sin pensar que absolutamente todo es injusto para alguien, y en medio de lo que sería su último llanto se gritó *¡Te odio!*, como si se estuviera mirando en un espejo. Segundos después, ya con un pie en el aire, el eco le contestó *¡Te amo!*, y él quedó suspendido entre la vida y la muerte, porque la duda se había desplegado como un puente. Con la garganta tapiada de lágrimas dio un paso atrás y luego otro y se fue a su casa acompañado por su instinto de supervivencia, que siempre tuvo la palabra justa.

SÉPTIMA

Soy la séptima hija de una de las familias más antiguas y respetadas de la zona. Al principio, cuando nací, nadie se alarmó: en teoría, el mito solo abarca a los séptimos hijos varones. Pero cuando crecí, cuando me hice adulta, la luna llena se convirtió en mi tortura. No tengo forma de escapar a la transformación. Una vez al mes, la luna ilumina y yo me convierto en ese ser mítico, salvaje, irracional y peligroso que provoca el pánico en los alrededores del bosque.

Mi familia me teme. No me lo dicen, pero veo el terror que inunda sus ojos cada vez que la metamorfosis comienza, impiadosa y sin remedio. Mi familia se debate entre su amor por mí, el qué dirán, y la necesidad cierta de proteger a mis hermanas. Una vez herí a la más pequeña. Yo no me doy cuenta de los desastres que causo, juro que no soy yo. Es la luna. Es ella quien me obliga a mutar, y obliga a los míos a perseguirme bosque adentro para evitar que dañe a más inocentes.

Por eso aúllo ahora. Para explicarme. Para advertirles: huyan de mí en cada luna llena. Huyan de mí cada vez que noten que la luna me señala, porque en cuestión de instantes perderé mi condición lobuna y transmutaré, sin poder evitarlo, en mujer.

UN MUNDO DE FÁBULA (ESPEJO UNO)

Le habían dicho que tras el espejo se escondía un mundo de fábula. Ninfas, magos, fuentes de la fortuna eterna, paraísos a montones, cautivadoras doncellas que homenajaban a los forasteros con jarras de vino y fruta fresca. Harto de su vida lúgubre, de su vida de oficina y relojes crueles, tomó envión y atravesó el espejo del dormitorio. Del otro lado lo esperaba un hombre que leía el diario sentado en una butaca, en una habitación sin ventanas.

—¿Ya dejaste de odiar a todas esas personas que no podés ser? —le preguntó el hombre. Él negó en silencio y volvió a su mundo cotidiano, cabizbajo y convencido de que en el espejo, de uno u otro lado, nunca encontraremos nada que no llevemos puesto.

LARGAVISTA (ESPEJO DOS)

El *crack* sonó en la cancha como una sentencia inapelable: Miguel se había quebrado. De nada servía engañarse, ya no era un pibe y jugar un picado como si aún estuviera en los viejos tiempos solo podía traer complicaciones. Yeso y reposo, yeso y puteadas. No era hombre para estar sentado frente al televisor todo el día, lo suyo era la calle, la acción, el mundo.

Se acomodó frente a la ventana; la lluvia golpeaba, débil pero insistente. Afuera, un perro se sacudía las gotas para luego volver a empaparse; una vieja intentaba saltar un charco y fracasaba; una madre zarandeaba a su hijo porque no quería usar el paraguas. Nada de lo que estaba al alcance de los ojos era atractivo.

Al tercer día de encierro, su hijo entró a su habitación.

—Tomá, esto te puede interesar —le dijo, mientras le daba un largavista.

—¿Para qué lo quiero?

—Para mirar.

Miguel lo aceptó a regañadientes, a ver si así su hijo lo dejaba en paz. Arrojó el aparato sobre la cama y se olvidó de él. Esa misma tarde, durante el sopor infernal de la siesta y sus cigarras, cuando todos los crucigramas estaban terminados y en la vereda inmediata el mundo parecía suspendido, Miguel se acordó del largavista. Lo tomó, se acomodó al lado de la ventana, y miró. Nada ocurrió. Enfocó mejor y allí, como lejano, algo se movió. Era un viejo; caminaba encorvado y lento, quería atarse los cordones y no podía. Miguel vio que el viejo se sentó con dificultad en un sillón; el hecho le llevó minutos. Intentó fumar un cigarrillo, pero a la primera pitada la tos se le hizo insostenible. Miguel sintió lástima, el viejo tosía y tosía y nadie entraba en la habitación. Miguel pensó que el viejo estaba solo. Miguel no quiso seguir

mirando. Miguel bajó el largavista y vio que el espejo de su cuarto, frente a él, lo observaba.

EL AMA DE LLAVES

Iván le tenía miedo al eco que rebotaba en el techo inalcanzable de la iglesia, pero si le daban a elegir, prefería eso al invierno de afuera.

—¿El calor de la iglesia lo maneja Dios? —preguntó, sentado en un banco de la catedral. Consuelo pensó una respuesta sincera y católica a la vez.

—Dios y la calefacción —contestó, señalando la estufa eléctrica que estaba empotrada en la pared, a la izquierda de Santa Cecilia. Consuelo lustraba las estatuas santas con fricciones de lavandera experimentada, y cualquiera que la hubiera visto habría jurado que la mujer era irremediamente atea, pero se trataba de todo lo contrario: la fe de Consuelo era tan añeja, arraigada y entrada en confianza que podía permitirse el lujo de perder la compostura y moverse por la iglesia con un desparpajo digno del mayor de los herejes.

Consuelo había encontrado a Iván dormido en la puerta de la parroquia, acurrucado de frío. A su lado, sus padres, con la sonrisa suspendida por tiempo indeterminado, hacían lo posible para repartir una frazada entre los tres. Consuelo los vio un día, dos días, tres días; al invierno le faltaba dos meses para terminar de congelar hasta el aire. Al cuarto día les habló.

—Soy Consuelo, el ama de llaves de la iglesia. Acá afuera tienen frío, el nene se va a enfermar. ¿Por qué no entran y les preparo un mate cocido o un té?

Los padres de Iván intercambiaron una mirada breve, cargaron a su hijo, se metieron en la capilla y se acomodaron en el suelo, entre San Roque y la Virgen Desatanudos. Al principio no hablaban y miraban a Consuelo tratando de descubrir dónde estaba el doble fondo. Ella fingía que no lo notaba, que la hostilidad de la indigencia no la hería, y les ofrecía té caliente y bizcochos. Iván se acostumbró rápido al bienestar, y pronto comenzó a trepar al Cristo

crucificado como un nene corriente que se cuelga entre las ramas de un árbol, y a seguir a Consuelo a donde fuera. Los padres, al ver que su hijo engordaba de a poco y parecía feliz, dejaron a un lado su actitud de trinchera.

Los refugiados contaban con la complicidad de Yosman, el cura colombiano que amaba a Consuelo con amor de hijo agradecido. Yosman estaba convencido de que si esa iglesia merecía el nombre de *casa de Dios* era porque ella se encargaba de que Dios estuviera siempre presente.

—¿Qué hacemos con el obispo? —preguntó Yosman esa mañana. Consuelo se encogió de hombros y murmuró *Dios proveerá*, lo que significaba que ya tenía un plan; bueno o malo, pero plan al fin.

El obispo llegó al mediodía, envuelto en un aura de superioridad que hizo que Iván se encogiera de impresión. Lo acompañaba un séquito de curas y hombres de seguridad que a Yosman se le antojó excesivo para una simple visita de inspección. El obispo criticó el estado abandonado de la iglesia y se detuvo frente a los refugiados. Miró a Yosman con ojos de signo de interrogación. El sacerdote buscó a Consuelo, y ella tomó la palabra.

—El padre Yosman y yo pensamos que, dado que la iglesia necesita una mano de pintura y otros arreglos, y ya que esta gente necesita un lugar donde vivir, podíamos sumar dos más dos y hacer que esta gente pinte y arregle la iglesia a cambio de alojamiento.

El obispo miró a Consuelo como si hubiera contado un mal chiste.

—Esta es la casa de Dios —dijo con un tono que no aceptaba lugar para discusiones. Yosman palideció. Consuelo, iluminada, sonrió.

—Monseñor, me alegra que lo comprenda. Su misericordia será recompensada. Como dijo Nuestro Señor Jesucristo, “doy mi casa al menesteroso y mi pan al hambriento, porque yo soy el menesteroso y el hambriento, y ellos son yo; quien cierre mi puerta en las narices del prójimo arderá en el infierno con la fuerza de mil demonios”.

El obispo, que no recordaba haber leído esa cita en ninguna parte de la Biblia, se quedó callado. No quería correr el riesgo de parecer un ignorante.

—Iván, dale las gracias a Monseñor por su infinita misericordia —ordenó Consuelo. El nene se abalanzó sobre el obispo, le dio un beso en la mejilla y volvió junto a sus padres. El obispo, incómodo y confuso, se despidió con torpeza. Consuelo cerró la puerta de la iglesia.

—Dios proveyó —dijo.

Afuera quedó el invierno.

CONSTANTE

El gato es el mismo. El gato no cambia. El gato es lo único que me salvó, hasta ahora, del suicidio. Esto que me pasa me pasa desde hace algunas semanas, y es aterrador: cada día me despierto en una vida distinta. Parece que funciona así: me voy a dormir, y a la mañana siguiente me despierto en otro lugar, en otra época, con otras personas, con otra vida presente y pasada. Yo sigo siendo la misma, no cambia ni mi edad, ni mi cuerpo, ni mi cara. Soy yo en vidas diferentes cada día. Yo y mi gato, siempre blanco y negro, siempre gordo, siempre él. Puede parecer una tontería, pero no saben lo tranquilizador que resulta tener la compañía del mismo ser vivo todo el tiempo en medio de esta locura. El gato es la constante que me ayuda a no enloquecer, como decía Faraday en Lost. En esto de las vidas diarias me tocaron cosas terribles y cosas maravillosas, pero siempre estresantes, incomprensibles, angustiantes. Una vez me desperté en un albergue para gente sin casa; no pude dejar de llorar en todo el día, por mí y por los demás. Otra vez me despertó un llamado de un hospital, era una enfermera que me dijo que a una tal Juliana Valdivieso se le había adelantado el parto y me necesitaban con urgencia; tuve que decirle que estaba muy enferma, que llamen a otra obstetra. Un día fui bailarina, y todo fue fantástico. Otro día fui boxeadora, Dios mío; por suerte me tocó un día de entrenamiento y no de pelea. Ayer me despertó un hombre, me daba besos en el cuello. Marcos. Pronto entendí que era mi marido, qué locura. Quiso tener sexo, pero le dije que me sentía mal. En esa vida, Marcos y yo tenemos dos hijos: un nene de diez años que juega todo el día en la computadora, y una pibita insoportable de cinco años, que llora, patalea y grita todo el tiempo y por cualquier cosa. Marcos es ingeniero y yo soy ama de casa. Anoche me fui a dormir aburrída y agotada física, mental y emocionalmente. Hoy me desperté en la misma cama. Marcos estaba a mi

lado. “Mi hija” abrió la puerta del dormitorio gritando que por qué nadie le había preparado la leche chocolatada. Me levanté, me puse una bata floreada y horrible, le preparé la leche a la nena, agarré al gato y sin dejar de acariciarlo me ovillé con él en un sofá. Nunca sentí tanto miedo.

LA CASA DEL JARDÍN DEMASIADO QUIETO

Ahí pasa algo raro, lo noté apenas me paré frente a la puerta de rejas y toqué el timbre. Desde afuera se veía el jardín, y eso era lo raro. No que se viera el jardín sino el jardín. Era un jardín que parecía copiado de un libro de paisajismo: el pasto verde, casi fluorescente, cortado con esmero, las flores rojas plantadas a un costado y sin un pétalo marchito, el felpudo, que no decía *bienvenido*, de un color blanco total sin huellas ni señales de que alguien lo hubiera pisado recientemente. Entiendo que puede tratarse de una persona a la que simplemente le gusta tener el jardín muy prolijo, pero ese jardín era demasiado prolijo. Y yo soy fanática de las novelas policiales, así que, como usted ya sabe, busco crímenes en toda manifestación anormal, y busco manifestaciones anormales en todo aquello que se mueve a gran velocidad y en todo aquello que permanece muy quieto y muy ordenado, como el jardín del que le hablo.

Yo vendo libros, creo que alguna vez le conté. Voy con mi catálogo casa por casa, los clientes me encargan, yo pido a la empresa distribuidora el libro encargado, y luego se lo llevo al cliente. La casa del jardín quieto no la había visitado nunca. Toqué el timbre, decía, y por la puerta de madera perfectamente barnizada se asomó una mujer. Era alta, gruesa y usaba el pelo corto; debía andar por los sesenta o sesenta y cinco años. Le dije que vendía libros, y le pregunté si le interesaba mirar el catálogo sin obligación de compra. La mujer me abrió la reja y me hizo pasar; cuando ya había atravesado el jardín y me disponía a entrar a la casa, la mujer me frenó, y puso en el suelo un par de patines de felpa. Esa es otra cosa rara. Ya sé que mucha gente usa patines de felpa para no marcar el suelo, ya sé que es algo bastante

común, pero qué quiere que le diga, a mí me parece que una persona (o diez, o veinte, o mil) que no permite que se pise el suelo es un tanto extraña. Es como lavarse los dientes sin usar cepillo de dientes con el argumento de que el cepillo se gasta. Entré a la casa deslizándome sobre los patines. Me sentí bastante idiota, pero era una casa ajena y además yo pretendía vender libros y, con un poco de suerte, descubrir un crimen, así que no dije nada. La casa estaba en silencio. Una biblioteca ocupaba la mitad de una de las paredes del living; estaba llena de enciclopedias y diccionarios, cosa que no me asombró: no imaginaba a aquella mujer leyendo ficción. No sé por qué.

Tal vez es que me parece que una persona que usa patines de felpa solo concibe a los libros como un recipiente de información cien por ciento útiles. En otra de las paredes había platos, calculé que debían ser más de cincuenta. Eran platos de colección, platos para colgar en una pared. Cada plato tenía una inscripción o un dibujo supuestamente artístico. Y parado frente a esa pared, un hombre lustraba los platos. *A mi hijo le encanta lustrar mis platos. Yo colecciono platos. Mi hijo los lustra todos los días*, dijo la mujer, al ver que yo miraba a su hijo y a sus platos. Yo sonreí con cortesía, como queriendo dar a entender que me parecía totalmente lógico que un hombre de más o menos treinta años pasara buena parte del día, todos los días, lustrando la colección de platos de su madre. Y pensé, aunque me cuidé muy bien de no decirlo, que los coleccionistas son seres siniestros. Una persona que se obsesiona con un objeto determinado al punto de, en ocasiones, pagar fortunas para obtener uno de esos objetos y así agrandar el inventario de aquello que colecciona, debe tener una mente bastante inhóspita y retorcida. Y mientras la mujer hojeaba el catálogo de libros, yo seguí mirando a su hijo. Tenía, decía, la mirada fija en los platos. Me recordó a los caballos de carga, a los que se les pone esas tiras de cuero al costado de los ojos para taparles la visión lateral y que así avancen sin distraerse con lo que pasa alrededor. Porque el tipo no dejó de mirar los platos ni un segundo, ni cuando entré, ni cuando dije hola, ni cuando la madre dijo a mi hijo le gusta lustrar mis platos. Entonces, entendí: el tipo se concentra en una tarea determinada para no matar a la madre, ¿me sigue? La madre es una mujer castradora, que no le deja hacer nada; una de esas personas que dicen *no, no vamos a ir a la fiesta de Marta porque a mi hijo y a mí nos gusta quedarnos en casa*, y a lo mejor el hijo tiene unas ganas bárbaras de ir, pero no se opone a su madre porque está

acostumbrado desde chiquito a hacer todo lo que ella dice. Y ahora tiene como treinta años, y está harto. Saturado. Y quiere terminar con eso, y como no sabe cómo poner límites, cree que la única solución es matar a la vieja. Pero también entiende que no puede hacerlo, porque va a ir preso y porque una parte suya ama a su madre; entiende que necesita desviar su energía y su atención, entonces se obliga a una tarea rutinaria y que requiere concentración: lustrar una y otra vez la colección de platos de su madre. El tipo lustra para no matar. Y en el momento en que yo pensaba todo eso, la madre me señaló un libro de protocolo y ceremonial, y me dijo que me lo encargaba. Y yo ya no tuve más excusas para quedarme ahí, así que salí de la casa y vine directamente para acá. ¿Qué opina usted?

El comisario se pasó una mano por la cara, en un clarísimo gesto de paciente exasperación, y me miró fijo unos segundos.

—¿Vos esperás que yo vaya con un patrullero a la casa de la vieja, y detenga al hijo porque a vos te parece que quiere matar a la madre, solo porque lustra una colección de platos? —me preguntó.

Yo asentí y, antes de que me ordenara salir inmediatamente de la comisaría, dije:

—Dígame, comisario, ¿cuántas veces vine a denunciar un crimen?

—Esta es la cuarta —contestó, fastidiado.

—Y dígame, de esas tres veces anteriores, ¿cuántas tuve razón? ¿Cuántas de esas veces se cometió el crimen que yo había sospechado?

El comisario se acomodó en su asiento.

—Siempre tuviste razón —admitió.

Yo permanecí en silencio, con una media sonrisa victoriosa. El comisario llamó a un oficial y le ordenó ir a echar un vistazo a la casa del jardín demasiado quieto. Cuando el oficial se retiró, el comisario apoyó las piernas en el escritorio y puso sus manos en la nuca.

—Si viniste a denunciar *cuatro* crímenes —me dijo, con su cara de zorro curtido—, eso te convierte en coleccionista. Coleccionás crímenes. Coleccionás resoluciones de crímenes. Sos tan siniestra y obsesa como la vieja de los platos.

Yo me reí mientras salía de la comisaría y negaba con la cabeza, como si el comisario hubiera contado un chiste espectacular sin una pizca de verdad, como si yo no pensara en eso día y noche, perseguida por la certeza de que si

sigo buscando crímenes en cada cosa que se mueve y en cada cosa que se detiene, pronto tendré que hacer un inventario.

HERMANDAD

No era un perro, eran cientos. Llegaban de golpe, con pasos tranquilos, y se instalaban en la calle como si alguien les hubiera avisado que ahí serían bienvenidos, aunque en realidad no fueran bienvenidos en ningún sitio. Falta espacio o sobran perros callejeros, nunca nadie supo bien.

Había perros de los más variados tamaños, colores, pelajes y temperamentos, pero todos coincidían en tres cosas: la mirada honda, como de muy atrás, mezcla de resignación y cemento; la costra de mugre que les cubría el cuerpo hasta formar rastas rígidas y eternas; y un extraño porte, un extraño andar que imponía respeto a quien se detuviera a observarlos, como si de adentro de ese combo de miseria, hambre y apaleamientos que era la vida hubieran logrado rescatar, vaya uno a saber cómo, una dignidad que estaba más allá de todo.

El barrio era demasiado básico; no había belleza en ningún rincón. Todo tierra, madera vencida y enfermedades. Los chicos jugaban en la vereda hora tras hora, y seguramente ese sería el mejor recuerdo que habrían de tener años más tarde, cuando la adultez los sorprendiera por siempre pobres, todo tierra, todo madera vencida, todo jirones. Los perros se tiraban al sol con actitud de nada, como esos viejos que sacan la silla a la puerta solo porque no hay mucho más para hacer, o seguían a los chicos del barrio en sus juegos interminables, pelota, escondida, rayuela, mancha estatua, como espíritus guardianes, como compañeros de lo que no hay. Y cuando el Cocho Requena salía a la calle, los niños huían hacia sus casas y los perros se quedaban adonde estaban, porque no tenían dónde ir.

El Cocho Requena había sido comisario mucho tiempo atrás, en épocas más férreas, y lo fue hasta que alguien le puso punto final a su manía de derrochar balas sobre cuanto cuerpo vivo se le cruzara; el Cocho Requena era

un cocorito que llamaba la atención, y eso no es bueno en un círculo en donde lo que vale es la sutileza con la que se atropella a los menos afortunados. El Cocho Requena era un peligro de soberbia, gritos y vanidad fálica, y en un parpadeo lo dejaron sin comisaría y con una villa a su disposición, para que descargara allí (allí y en ningún otro lugar) su furia de erróneo ex dios descendido a mortal.

El entretenimiento preferido del Cocho Requena eran los perros. Alguna que otra vez se dio el gusto de pegarle a los pibes que jugaban en su vereda hasta, en ocasiones, dejarlos inconscientes, incluso un viernes de marzo le disparó a uno, pero a la gente no le gustaba eso, y cada vez que un pibe llegaba a su rancho llorando porque el Cocho le había pegado un botellazo en la cabeza o una piña en el estómago, todo el barrio se rebelaba y le arrojaba llantas prendidas fuego por la ventana de su casa. Entonces decidió jugar con los perros, ya que no eran de nadie y nadie se atrevería a dar la cara por ellos, porque la gente pone su vida en peligro con tal de defender a sus hijos, pero nadie se va a arriesgar a interponerse entre el Cocho Requena y un perro callejero.

Los perros sabían que si el Cocho Requena aparecía, alguno iba a ligar algo malo: patadas, palazos, botellazos; el que más caro la había pagado había sido el marroncito, un perro que era rengo desde que el Cocho Requena le había baleado una pata. Los perros se escondían uno detrás de otro, ladraban, a veces uno se animaba e intentaba morder el tobillo del ex comisario hasta que entendía que eso sólo le haría ganar un golpe extra, y no podían hacer nada más. La gente miraba desde adentro de sus casas, los pibes lloraban, y ahí terminaba el juego. Así era dos o tres veces por semana.

Se ve que ese día el Cocho Requena estaba especialmente rabioso por algún motivo desconocido, porque cuando salió a la calle, llevaba en sus manos un bidón de gasolina. Los perros se escondieron donde pudieron, pero uno viejo, blanco con manchas negras, uno de los perros más antiguos del barrio, no se despertó a tiempo de su siesta de anciano al sol, y solo abrió los ojos cuando sintió el líquido en su cuerpo, y nadie sabe qué horrores vivió cuando el Cocho Requena tiró el fósforo encendido sobre la gasolina que lo empapaba. Cuando llega la muerte uno ya debería estar muerto; pero el perro estaba vivo y tardó demasiados minutos en morir quemado.

El barrio quedó inmovilizado. La cara de los pibes era puro terror, y la

cara de los grandes era impotencia, dolor, angustia e indefensión. Como siempre pero peor, porque esta vez hubo fuego, y aullidos, y mucho olor a gasolina, a pelo chamuscado, a perro quemado vivo.

Y esta vez y como si alguien les hubiera dado la orden de ataque que estuvo dormida toda la vida, los perros, los muchísimos perros, se abalanzaron sobre el Cocho Requena con la furia de todos los animales del mundo y no le dejaron espacio para la huida; eran perros pero también fueron leones, tigres, jabalíes, hienas, elefantes, buitres y toros, y voltearon al Cocho Requena y le arrancaron la piel y le arrancaron los ojos y le desfiguraron la cara y le masticaron las piernas y le masticaron los brazos y le hicieron todo lo que se le puede hacer a un hombre hasta que muere. Y no descansaron hasta que no quedó nada entero en el cuerpo del Cocho Requena, y no descansaron hasta que no quedó nada vivo en el cuerpo del Cocho Requena.

Luego, agotados, se tiraron al sol. Estaban exhaustos.

Entonces la gente salió de sus casas, de a poco, con tachos de agua y restos de comida.

Había que alimentar a los perros.